

R41
R42 7

MIENTRAS VIVAMOS DURMIENDO SOBRE UNA PASAJERA TRANQUILIDAD

* TROS MALES CON UNA CATEGORICA ESENCIAL Y DEFINITIVA MOVILIZACION DE LAS CONCIENCIAS *

AÑO IV. — Nº 41-42

JUNIO-JULIO 1949

ESTAREMOS OLVIDANDO UN DESTINO. — ALGO MAS: LA RESPONSABILIDAD DE UN DESTINO *

POLITICA Y ESPIRITU

CUADERNOS MENSUALES DE CULTURA
POLITICA Y ECONOMIA SOCIAL

SUMARIO

LA ANTARTICA Y EL PUEBLO MAGALLANICO, *por Gabriela Mistral.*— LA IGLESIA CATOLICA Y EL CAPITALISMO, *por C. Della Torre.*— LAS DOCTRINAS PONTIFICIAS Y LA PRENSA DE DERECHA, *por Máximo Pacheco G.*— PANORAMA NACIONAL.— PANORAMA INTERNACIONAL.— DOCUMENTOS: LA MISION DEL SOCIAL-CRISTIANISMO EN CHILE, *discurso del Senador don Eduardo Frei Montalva.*— DECLARACION QUE EL EXCMO. SR. OBISPO DE TALCA HACE A LOS FIELES DE SU DIOCESIS RESPECTO AL DECRETO DEL SANTO OFICIO SOBRE EL COMUNISMO.— LOS LIBROS.

DEBEMOS GRITAR NUESTRA ANGSTIA Y SALIR AL PASO DE NUESTROS

3932

POLITICA Y ESPIRITU

CUADERNOS MENSUALES DE CULTURA POLITICA Y ECONOMIA SOCIAL

ADMINISTRACION - REDACCION

Ahumada 57 — Teléfono 89166
Casilla 3126 — Santiago de Chile

DIRECTOR

Jaime Castillo Velasco

SUB-DIRECTOR

Andrés Santa Cruz Serrano

COMITE DE COLABORACION

Manuel Fernández Díaz
Eduardo Frei Montalva
Máximo Pacheco Gómez
Radomiro Tomić Romero
Patricio Aylwin Azócar
Francisco A. Pinto S. C.
Alejandro Magnet Pagueguy
Jacques Chonchol

Valor de la suscripción a la serie de 12 cuadernos, Chile:
\$ 110.—, otros países: 3.00 dólares. Las suscripciones
son recibidas por la Editorial Del Pacífico S. A.,
Casilla 3126, Santiago de Chile.

En razón del carácter de los Cuadernos, el Director será
el único responsable de los artículos que con o sin firma,
aparezcan en ellos. Los originales deben ser dirigidos a la
Dirección: Casilla 3126. No se devuelven originales ni
se insertan colaboraciones espontáneas que no correspon-
dan al carácter de estos Cuadernos. Se prohíbe reproducir
íntegra o fragmentariamente los artículos de estos Cua-
dernos, sin indicar su procedencia.

Los artículos que se publican en este Cuaderno han sido
escritos por sus colaboradores o transcritos de "L'OSSER-
VATORE ROMANO", "LE DIAGNOSTIC ECO-
NOMIQUE ET SOCIAL" y "LA MAÑANA"
de Talca.

Trabajaron en la preparación y redacción de este número:
Jaime Castillo V., Andrés Santa Cruz S., Máximo
Pacheco G. y Radomiro Tomić C.

POLITICA Y ESPIRITU

AÑO 4-NUMERO 41-42

JUNIO-JULIO 1949

PERSECUCION RELIGIOSA EN EUROPA

La persecución religiosa, desencadenada por los Gobiernos comunistas de Europa oriental, no hace sino culminar una actitud perfectamente lógica. Ante un hecho semejante, no caben, a nuestro juicio, las puras condenaciones morales y, menos, la tendencia a disminuir la gravedad de los sucesos. Nos parece, por el contrario, que es preciso encarar las cosas objetivamente, a fin de explicárseles y así poder reaccionar de un modo adecuado.

Anotemos, por de pronto, que el conflicto entre un Estado marxista y las Iglesias cristianas no es en sí inevitable. Marx y Engels afirmaron siempre que el sentimiento religioso era una proyección ideológica de las condiciones opresivas en que se ha desarrollado la vida social. La religión no es más que el "espíritu de una época sin espíritu". El problema, pues, no consiste en una crítica teórica ni en un desplazamiento por la fuerza de las autoridades religiosas. Para Marx y Engels, la influencia de las Iglesias desaparecerá automáticamente tan pronto como cambien las bases sociales en que ella se funda. El comunismo y la sociedad sin clases bastarán para terminar con el "reflejo religioso". De aquí surge una táctica diferente del tradicional anticlericalismo: la victoria sobre la religión será un fruto obtenido por añadidura, sin más gastos de energías que los que suponga la derrota del capitalismo.

Sin embargo, los fundadores del marxismo no parecen haber previsto un hecho esencial. Este consiste en que el triunfo del materialismo marxista no ha podido verificarse sin un gigantesco acopio de energías religiosas. Se ha convertido ya en lugar común decir que el comunismo es una "religión atea". Lo es, en efecto, por el impulso místico, intransigente y monopolizador de que se halla poseído. En un país comunista, la subsistencia de las religiones tradicionales es imposible, porque la nueva fe es más cruel y excluyente que la antigua. Toda la inhumanidad y la dureza, a que pudieron llegar los hombres so capa de ideas religiosas, han sido fácilmente su-

peradas por el comunismo moderno. El fenómeno es claro hoy día en los países europeos orientales: allí la expansión oficial del comunismo se ha convertido fatalmente en el atropello de los derechos eclesiásticos. Queremos, pues, decir que estamos ahora en presencia de un hecho ligado a la estructura misma del comunismo y no a circunstancias pasajeras.

La mentalidad de los actuales dirigentes bolcheviques pone aquí su sello particular. Se sabe hasta qué punto el soviétismo ruso utiliza el lenguaje democrático y procura dar la impresión de una estricta observancia de los marcos legales. De allí que la libertad religiosa y el derecho de las Iglesias no haya sido jamás discutido. La táctica consiste en desprestigiar la persona de las autoridades religiosas, imputándoles delitos políticos (espionaje, traición, sabotaje, etc.) y hasta crímenes de derecho común. En este sentido, los famosos procesos de post guerra reproducen antiguas tácticas de la policía soviética. Sin duda, la fuerza, la amenaza y los intentos divisionistas son reales; pero se hace lo posible por ocultarlos o disimularlos.

Si este panorama responde a la verdad, no cabe duda de que la posibilidad de una conciliación es remota. El Gobierno comunista encontrará siempre los pretextos para romper a última hora todo acuerdo. El dilema entre la cobardía y el heroísmo parece ser así un hecho ante el cual se hallan enfrentados los creyentes de cualquiera religión en los países dominados por el comunismo. El mundo cristiano espera que ellos tengan la fuerza, la firmeza y el valor que los tiempos exigen.

Y espera también que los métodos de violencia injusta, de amenaza y de sufrimiento personal aparezcan, ante todos, como medios no cristianos de lucha... ¡aún cuando se usen contra aquellos mismos que pretenden terminar con la idea cristiana del amor!

J. C.

LA ANTARTIDA Y EL PUEBLO MAGALLANICO

Por Gabriela MISTRAL.

DOS AÑOS PATAGONICOS.— El tema de la Antártica, que es para muchos americanos un dado sorprendente de ajedrez en el tapete del mundo, y es, para otros, cosa de periodistas asparentosos, este asunto pardo hasta ayer y aupado hoy a suceso mundial, existe en mí como una vivencia de la memoria desde hace treinta años.

A pedido del Ministro de Instrucción, (el futuro Presidente Aguirre Cerda) fui nombrada directora del Liceo de Magallanes y navegué hacia las grises postrimerías chilenas.

El encargo que me diera mi venerado amigo era doble: reorganizar un colegio "dividido contra sí mismo" y ayudar en la chilenezación de un territorio donde el extranjero superabundaba.

El primer encargo se cumplió pronto; el segundo era más complejo para la mujer.

El profesorado que llevé resultaría bastante apostólico, puesto que se decidió a vivir largo tiempo en el país de la noche larga. Gracias a él nuestro Liceo abriría una Escuela Nocturna y gratuita para obreras: el analfabetismo era subido en la masa popular. Mis compañeras iban a enseñar al más curioso alumnado que yo recuerde. Menos defendida del hielo que el hiperbóreo europeo, aquella buena gente —mujeres y hasta niños— llegaba sacudiéndose la nieve al umbral y entraba a la sala con el hálito hecho vaho, dándonos el rostro rojo y duro que hace el frío, una piel parecida al pellejo del pececillo rojo...

Después de la hora del Silabario, yo daba otra de "conversación". Incrédula como hoy de la "pedagogía pura", yo me pondría a hablarles de su propia vida, de las contingencias que se trae el vivir entre los elementos hostiles —hielo y puelche— (1), y de la obligación de velar la unidad, "contra viento y marea", a pesar del mar enfurruñado y el desparramo loco de islas.

UNA EXPERIENCIA INEDITA.— Una vez vi llegar gente extraña a la sala y sentarse familiarmente hacia el fondo. Daba yo una charla de Geografía regional; me había volteado los sesos delante de aquella zona de tragedia terráquea, hecha de desplazamientos y de resistencias, infierno de golfos y cabos y sartal de archipiélagos.

Al salir, el grupo forastero se allegó a saludarme. Dos reos políticos del Presidio de Ushuaia, habían sabido de ese curso nocturno y tan informal, quisieron ir a verme y se les sumaron algunos chilenos inéditos para mis ojos.

(1) Viento.

Sentados otra vez, los seis u ocho me contarían su escapada de corajudos, los trances de la pampa, y el nadar las aguas medio heladas, husmeando entre matorrales encubridores, hasta alcanzar la ciudad de Punta Arenas.

Yo miraba y oía a los fugitivos con novelesca de mujer lectora de aventuras, pero, sobretodo, devota de Ghea, nuestra madre, y de sus "claros misterios" (1). Los ojos se me quedaron sobre los dos rostros no vistos nunca: allí había unos seres de etnografía poco descifrable, medio alacalufes, pero mejor vestidos que nuestros pobres fueguinos... eran el aborígen inédito, el hallazgo mejor para una indigenista de siempre..

Mis huéspedes volverían solos después, y traerían a otros más, calculando siempre la salida de las alumnas nocturnas, para hablar a su gusto, mudos que soltaban la lengua en perdiendo el miedo y que regresaban para no cortar el relato, y "contar muchísimo más".

EL HECHO Y EL DERECHO.— Fué allí donde yo toqué pueblo magallánico y patagón. Podría haber vivido diez años sin contacto con él: el corte entre las clases sociales era grande y vertical. Y esta novedad de mis ojos sería un repaso de facciones exóticas y un or la jerga de oficio inédito y sería, además, el aprenderme mi zona feérica e ignorada.

Porque ellos conocían en sus tres dimensiones el territorio extremo y además el acuarium ante-polar al que la humanidad vislumbra apenas en libros raros o estampas insípidas.

Ellos me contarían las Islas de la danza impávida en torno al remate del mundo, y después de ellas, "las Mayores", a la que "no se daba fin". Eran éstas la tierra de María Graham y el llamado "Casquete del Mundo". Y todo lo daban revuelto con las aventuras de percances polares, en seguimiento del "lobo de dos pelos" y de bestias que casi veo, pero que no sé mentar después de treinta y tantos años..

Cuando la Antártica sacó su bulto como la Sirena, y fué aprendida de golpe por el mundo, como las anticipaciones de Wells, me acordé de aquellas conversaciones que fueron las mayores fábulas y las mejores "veras" que me regalaría el país del viento y la hierba.

Era aquello un mundo casi rebanado por la indiferencia de las geografías primarias y a la vez poseído y virgíneo para nosotros: la posesión venía de la legalidad de nuestro aposentamiento y la virginidad del olvido que le dábamos los chilenos de Llanquihue arriba.. Y no digo "Chiloé", porque también andaban los cholotes corta-mares en la persecución de la noche austral y de la "aurora austral", que aunque valga menos que la boreal, harto espléndida fué para mis ojos que la gozarían muchas veces.

(1) Alusión a un verso de Pedro Salinas.

Sí, Chile vivió siempre la esquivo y hoy zarandeada Antártica. La ha hurgado y trajinado, no a lo pirata ni a lo descubridor que otea y deja, que toma y suelta, sino en ruta sabida, en explotación pequeña y constante y en una convivencia que danía para libros de muchos Conrads o Sven Hedins del océano.

Solamente la burguesía magallánica se había quedado sin la "saga" hiperbórea. Satisfecha con el hierbal y el pastoreo ovejuno, apenas tenía contactos con el otro Chile que, en chalupas o barcas a lo polinesio, angostas como el pez espada, cabalgaban el mar frenético y mal afamado, desde los tiempos del Gran Portugués (1). Chilenos y argentinos eran y son todavía aquellos hombres cuya piel ensalmuerada llega a emparentarse con la de la ballena, y todos ellos se vuelven a estas horas super-americanos por haber guardado íntegro el ánimo aventurero de la raza que domó el desierto de Atacama y también las agriuras de los Andes. Son ellos la brava gente quemada, de yodo marino, la del ojo agudo que ve en la peor borra de bruma, y la muy arisca para contar, esto sí, por "soltar prenda" respecto de sus cacerías furtivas...

Temían de todo, y con razón, aquellos de mi grupo nocturno: de la explotación a la moderna, con grandes dineros y maquinarias rompe-hielos que podía arribar llevando capataces extraños al país del largo silencio y barrerlos como a pajuélas o bien atarles en cuanto a galeotes a su clásica explotación. Grandes libres eran y son ellos —llámeseles aventureros o pícaros de la picaresca oceánica que Inglaterra se sabe mejor que pueblo alguno. El mar crea su pasta y su costumbre; él les da el espinazo de acero elástico para la zambullida animal y les hace el rompe-olas de los pectorales. A pesar del rostro color de alga saucochada y de la desnudez de tritones, su clan cuenta tanto como el de los demás saqueadores de la entraña oceánica. La proximidad a los polos los emparenta con el ballenero escandinavo, como que los adjetivos "ártico" y "antártico" dicen casi lo mismo; ambos son la gente del arpón y las tretas sobre el hielo y el agua amarga; la hazaña es idéntica en los dos confines polares, a la vez opuestos y semejantes.

Hasta hace poco más de un siglo, la empresa de romper el sello de los polos ha estado en manos de estos remeros libres, ajenos a los Almirantazgos ilustres, sin gorras marinas blanqui-doradas, ayunos de escafandras y lanchas a vapor. ¡Pobrecillos! grandes libres por su coraje y su desvalimiento de equipo técnico, que no les resta, no, su honra ni derechos.

EL PASAJERO Y EL DURADERO.— Mi grupo nocturno era un anillo suelto de la empresa anónima y ancha de los "lobos de mar" que corran las últimas nieves chileno-argentinas. Todos ellos forman parte de la chilenidad o de la argentinidad y a estas horas cuentan como "adelantados

(1) Hernando de Magallanes.

del Mar”, aunque el olvido los deje al margen en los artículos de periódicos que ventean a todo trapo la Antártica —Vedette del año 47.

La jerarquía inglesa acaba siempre promoviendo a categoría subida a sus vagabundos del “Talassa” (1); los sube de ultra plebeyos a “pioneros”, luego a “Sires”... Y este clasificar así a los audaces, a pesar de todos sus dolos y malicias, corresponde a cierta promoción de los “fuertes” que enriquecen la esfera conocida añadiéndole cuanto le faltaba.

Precisamente tales vagabundos, llamados “gente sin ley” y que en verdad obedecen a la ley feróz de su elemento, hac'a presencia por nosotros todos en el Chile Antártico. ¡Y qué presencia! La del penar siguiendo a las bestias de cuero arisco y pelambre deliciosa, a la ballena que resuma a toneladas las grasas y los aceites y a cuánto más! Trashumantes y todo, ellos moran en esos territorios, yendo y viniendo, pero en todo caso *durando* sobre regiones tenidas por imposibles.

La palabra “costumbre”, parda por vulgar, resulta vocablo linajudo, cuando señorea sobre los Códigos. “Costumbres” quiere decir afincamiento, pero también el ir y volver constantes, el poseer de hecho una zona. Es un conocer por experiencias repetidas y usar de los ya descubierto y que sigue sin dueño, de lo vacío y no adoptado por nadie. Bien que se lo saben británicos, holandeses, españoles, daneses...

Y esto, la costumbre de mar y hielos, eran y son mis contadores del velado océano austral, del agua fantasmal, espanto de sedentarios y adopción suya y especie de patio familiar de sus vidas fabulosas.

ASOMBRO Y GRITO.— Imagino yo el pasmo que sentirán ellos, su colectividad dispersa y doblada después de treinta años, al saber, por alguna noticia de radio u hojita de periódico, que *no hay una Antártica chilena ni argentina*, o que la hay, pero menudilla, especie de engañifa que se da a los niños para callarlos.

Pienso en lo que diría de esta jugada, caso de habernos vivido, el voceador de nuestros derechos antárticos, Don Pedro Aguirre, quien se supo la región fantástica y lanzó a tiempo aquel su aviso de vigía que le rieron algunos necios. Extraordinario hombre aquél que denunció tantos problemas, desde los sociales y pedagógicos hasta nuestra tácita —y muy expresa— posesión austral.

Pienso también en el enorme absurdo que funde como ley entre estos dos hechos: el descubrimiento de un lugar y la posesión efectiva del mismo por los aborígenes desde todo tiempo.

A veces un gran barco inglés, u holandés, o italiano, cruza, sea por mero azar, sea en viaje de estudios, las regiones todavía imprecisas en los mapas. Pasan, hay cortos desembarcos, flaca averiguación, nada que valga como la estada o la frecuentación secular. Y de esa anécdota sale una “toma

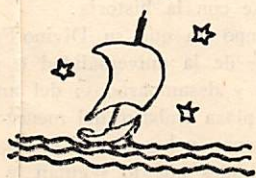
(1) Nombre griego del mar.

de posesión”, gracias a la banderita hincada en la costa, y de ello arranca un “derecho” y un futuro alegato de nacionalización. ¡Curiosas, inefables “colonias”! Reirán de todo esto con risa amarga los pobladores y los traficantes de la zona, aquellos que la navegan, y hacen en ella la pesca, o la tala de bosques, o el beneficio de pieles.

Estas falsas posesiones ganadas con un salto de a bordo y el asentar la bota en tierra o hielos, ya hicieron su época y corresponden a la mentalidad imperial de hace un siglo. Eso va a caducar, tiene que ser trocado, y cuando menos enmendado. Porque los llamados “naturales”, sean prietos, sean blancos, tengan el ojo recto u oblicuo, hablarán por la lengua de sus juristas y se harán oír.

La voz de ellos se llama “ley natural”, y es esto lo que nuestros Gobiernos han recogido y lanzado sobre la Antártica, lado a lado con el alegato primordial que arranca de la proximidad o la colindancia. Un país, como cualquier otro ente vivo, defiende mar e islas próximas celando su propio cuerpo de la manotada extraña y ávida. Y la lección la hemos aprendido de la vieja Europa, muy alerta a todos los peligros de las codicias internacionales...

El Presidente de Chile no fué al extremo Sur por hacer allí una “parada de cinematografía” delante de los elefantes marinos, como dijo el Manchester Guardian; él fué a subrayar una posesión y a vocearla a los olvidados y también a los sorados de listeza... Y lo declarado en aquel cabo extremo de la chilenidad, lo piensa la nación íntegra, hombre por hombre y mujer por mujer.



LA IGLESIA CATOLICA Y EL CAPITALISMO

Por el Conde DELLA TORRE.

Las reuniones y comicios del 1.º de Mayo, y la próxima celebración anual de la Rerum Novarum hacen actual este tema; tanto porque la Iglesia es acusada como aliada del Capitalismo, cuanto porque el célebre documento que dió origen al pensamiento y a la acción de los católicos contra aquel morbo social, prueba lo contrario.

Al hablar de Capitalismo, hablamos de aquel organismo independiente y superior a los negocios y a los hombres que los dirigen y que tuvo su origen en el acumularse de patrimonios y en la cada vez más restringida concentración de las riquezas durante cuatro siglos, hasta desembocar en la "empresa capitalista" moderna, en contraposición a aquel otro concepto de la empresa que aliaba el Capital con el Trabajo. Según las más autorizadas opiniones científicas en la empresa capitalista moderna se encuentra el reino del capital representado por el dinero y por los valores de banco, que pueden concentrarse rápidamente en cualquier lugar y de aquí "el imponerse en casi todos los países ese fenómeno como fundamento y forma de la vida económica"; aquí también está "la separación entre aquellos que abastecen a los capitales y aquellos que contribuyen a la producción únicamente con el trabajo"; este es el ser vibrante del cual una cara nos muestra un sistema de relaciones económicas en el cual prevalecen las clases superiores, poseedoras de los medios de producción, y la otra expresa una función indebida del capital, inicuo por su origen, desproporcionado por sus actuaciones, perjudicial por sus efectos. Un cáncer propio y verdadero de la economía y de la sociedad, la diagnóstico del cual es exactamente igual a aquella fisiológica; una proliferación celular atípicas, de crecimiento continuo y progresivo, movido por leyes propias, distintas de las del tejido normal, pero independiente del organismo en que se forma y se desarrolla, y por esa misma independencia y expansividad, parasitario y moral.

EL TESTIMONIO DE LA HISTORIA

La enseñanza y la actitud de la Iglesia Católica, frente al terrible fenómeno, pueden, de la misma manera que su posición contra la guerra y, en favor de la paz, comprobarse con la historia.

Comienza desde el tiempo en que su Divino Fundador, parecía, como decía José Toniolo, olvidarse de la universalidad de su misión para preocuparse sólo de los miserables y desamparados; del campesino, del sembrador, del obrero que espera en la plaza trabajo, del mendigo que languidece frente a la puerta de los ricos epulones, y buscar ahí el tema de las más elocuentes parábolas, dando a las multitudes que lo seguían los coloquios más íntimos y prolongados.

Desde el tiempo, cuando en su Evangelio, Criso, no tenía para los ricos sino exhortaciones a la Justicia y a la Caridad y tremendas adverten-

cias a las tentaciones a las cuales las mismas riquezas los exponen, de modo de hacer pensar que su condición de tales, sea en sí misma, fatal obstáculo a su salvación. De esta manera, la Buena Nueva, se hacía doctrina sublime y admirable, jamás oída y nunca sospechada aquí abajo, que en sus significado interior, vino a expresar una ordenación de las fuerzas sociales dirigida hacia el bien común, en el cual sin embargo, legítimamente, en virtud de la Justicia y de la Caridad tuvo un lugar predominante el bienestar de los menos pudientes.

Fiel a estos principios, y a estas orientaciones, la Iglesia lucha a lo largo de los siglos, contra aquella otra pasión humana, la codicia de las riquezas, que junto con el orgullo y el abuso de la fuerza —los tres demonios sociales de la humanidad— interfiere y obstaculiza la constitución de un orden natural y cristiano; igualmente, combate el desequilibrio económico, la posesión ilimitada de los bienes, el ansia de conservarlos en forma tal que dé su predominio a un sistema en el cual la riqueza se constituye en fortaleza, no sólo para sostener asaltos y asedios, sino a su vez para promoverlos y atacar hasta vencer.

La Iglesia lucha aquí con armas desiguales. Ella sólo puede imponer en esta lucha, correctivos.

La riqueza y el capital, como la feudalidad, las grandes monarquías y la hipertrofia del Estado pertenecen a esferas de acción y pensamiento que han sido cada vez más sustraídas a la influencia de la Iglesia.

Ambientes y jurisdicciones que le fueron negados a la Iglesia con el laicismo no sólo jurídico y político, sino espiritual y doctrinal. De ahí su lucha contra la usura; su lucha por el justo precio; su lucha para refugio de los perseguidos por la opresión capitalista en los "Montes de Piedad" e "Institutos de Crédito"; lucha por la disciplina del préstamo a interés que prohibía el sacar ganancias del préstamo propiamente dicho; en fin con el trabajo ofrecido en condiciones más humanas y ventajosas. Batallas hechas por sectores —tal como contra la guerra y a favor de la paz— con los oasis de inmunidad, los días sagrados y la tregua de Dios, y dirigidas en este caso a limitar los efectos deletéreos, el número de las víctimas y las dolorosas consecuencias. Vemos así al campesino y al artesano desear la tierra y el taller, bajo la protección de las Abadías, de los Obispos, de las Diócesis, porque de este modo se libraban de exigencias principescas insoportables, de modo que les aparecía libertad el cambiar vasallaje y servidumbre; tal como las ciudades que al separarse del Imperio y entregarse voluntariamente a la Iglesia escribían la palabra "Libertas" sobre sus escudos y estandartes.

Estas luchas y estas batallas, con sus armas, comprendidas las Corporaciones, fueron inteligentes medios, proporcionados a los obstáculos, que había que vencer cuando las riquezas no eran aún "la riqueza", entendida como fuerza exclusivista y los capitales, empleándose, como subsidio del trabajo, no eran aún "el capital" antagónico del trabajo subvencionado. Hasta que creciendo la ola trastornadora de la mayor fuerza económica y convertidas "la

riqueza" y "el capital" en Capiatismo, la Iglesia opuso a su realización integral el programa integral del Cristianismo.

DE LEON XIII A PIO XII

León XII cita al Apostol que dice: "Manda a los ricos de este siglo de dar y entregar lo suyo con facilidad". Lo que para el siglo XIX en sentido social nuevo y completo significa: "Manda a la riqueza, manda al Capital"; de la misma manera que el "date quod superest" (dad lo que sobra) se dirige socialmente a la riqueza, para que no sólo se repartiera equitativamente con él, deberes, responsabilidades y beneficios, sino también para que esos mismos beneficios los empleara en hacer el trabajo más benéfico en sí mismo y más fecundo para todos.

Los estudios sociales de los católicos que tomaron el nombre de la Unión de Friburgo y llegaron poco a poco al Código de Malinas, y al último de los Camáldulos, son los mismos que indujeron a hacer el "programa de Milán" de 1894 con su declaración que yo llamaría, la declaración de los derechos de los católicos a la ciudadanía democrática, en la cual se proclamaba: "Nosotros no pedimos apuntalar este pedazo de sistema social que vacila y se derrumba por todas partes en un disgregamiento atómico bajo la destronada fuerza de la plutocracia". En cada país donde los católicos han podido libremente organizar su acción social en obras económicas y sociales, de ahorro y préstamo, en Austria, Alemania, Bélgica, Italia y después en Francia, aportaron a ellas la marca de esta confesión de fe, y la consiguiente aspiración al triunfo de un orden de colaboración y socialización cristiana, honrando así, la bandera católica en conflicto abierto e irreductible contra el capitalismo, el que fué asaltado por ellos en su reducto y atacado con las mismas armas características de su arsenal; la industria y la banca inspiradas en normas cristianas. Lo desigual de las fuerzas no hacen sino acentuar el valor del atrevimiento, al redactar la Iglesia esta acta de acusación contra el pólipo de la sociedad actual, acta con la cual se descubre y comprueba el alma de sus aspiraciones redentoras.

La Quadragésimo Anno, hace cerca de 20 años, puso al día la Encíclica de León XIII (Rerum Novarum) de la cual conmemoraba el 40 aniversario y decía: "Primeramente salta a la vista que en nuestros tiempos no se acumulan solamente riquezas, sino se crean poderes de una prepotencia económica y despótica en manos de muy pocos. Muchas veces no son éstos ni dueños siquiera, sino sólo depositarios y administradores, que rigen el capital a su voluntad y arbitrio. Estos potentados son extraordinariamente poderosos, cuando dueños absolutos del dinero gobiernan el crédito y lo distribuyen a su gusto; diríase que, administran la sangre de la cual vive toda la economía, y que de tal modo tienen en su mano, por decirlo así el alma de la vida económica que nadie podría respirar contra su voluntad" (Q.A.39).

Diez años más tarde para el cincuentenario de la misma Rerum Novarum, el Mensaje conmemorativo de Pío XII, declaraba: "Ahí donde el ca-

pitalismo se arroga sobre la propiedad un derecho ilimitado, sin ninguna subordinación al bien común, la Iglesia lo ha reprobado como contrario al derecho natural. Vemos de hecho la fila siempre creciente de trabajadores encontrarse, a menudo, frente a aquellas excesivas concentraciones de bienes económicos que escondidas, a menudo bajo formas anónimas, logran sustraerse a sus deberes sociales y poner al obrero casi en la imposibilidad de formarse su propiedad efectiva. Vemos la pequeña propiedad disminuirse y debilitarse en la vida social encontrándose constreñida a una lucha siempre más dura y sin esperanzas de éxito”.

CAPITALISMO Y CRISTIANISMO

Tal es el espíritu, la doctrina, la conducta de la Iglesia frente al Capitalismo, el cual para el cristianismo es un pecado contra la naturaleza; semejante a lo que en el campo del “creced y multiplicaos” es la limitación de los nacimientos. El capitalismo capta, sustrae, seca la riqueza; es decir impide que crezca el número de los que gozan de ella; que se multiplique la distribución, el reparto justo de los bienes, rompiendo el orden de la Providencia Divina que los dió para todos los hombres estableciendo en esto un principio, una premisa, una ley invulnerable. La cual ley si no contradice el derecho de propiedad, por el hecho que según Sto. Tomás “el hombre ha de tener los bienes exteriores no como propios, sino como comunes”, nos indica que hasta el Comunismo como sistema económico, abstracción hecha de su filosofía, no está en antítesis, no está tan en oposición, no está tan en contra a la naturaleza del Cristianismo, como está el Capitalismo. Se hace igualmente opuesto el Comunismo cuando profesa y aplica el ateísmo. Más esto es un error en el error. Es una incrustación ideológica que enmohece y enturbia el origen y el contenido económico de su pensamiento y de su función histórica, cualquiera sea su intrínseco engaño y el rechazo que merece. El capitalismo no tiene pensamiento, no tiene incrustaciones y herrumbres ateas. Es ateo en su estructura. Su dios es el oro, y no Aquel que proclamó el oro accesible a todos sea sacado de la tierra, del taller o del trabajo. Ateo es el Capitalismo, no en una filosofía que no tiene sino en su “praxis” en que consiste toda su filosofía: práctica de avidedez insatisfechas, de botín, de avaricia, de prepotencia, de dominio.

Imaginar o acusar a la Iglesia como aliada del capitalismo o encadenada al carro de su triunfo, es otra de aquellas acusaciones que por impugnar conscientemente a la verdad, se transforman en calumnias.

Hay quienes hablan de “complicidad Necesaria” entre la Iglesia y el Capitalismo en una sociedad y en un modo de vivir en el cual los principios morales y religiosos no dan temor al capitalismo que los tolera en los Estados que el domina o controla. Más, también esto es falso. Ni aliada ni cómplice es la Iglesia, son los Pontífices los que nuevamente denuncian un tal estado de cosas, esta tiranía del dinero contra la cual no vale fuerza social ni política.

Pío XI decía en efecto después del diagnóstico que hemos visto: "A su vez esta concentración de riquezas y de fuerzas produce tres clases de conflictos: la lucha primero se encamina a alcanzar ese poder económico; luego se inicia una fiera batalla a fin de obtener el predominio sobre el poder público, y consiguientemente de poder abusar de sus fuerzas en influencias en los conflictos económicos; finalmente se entabla el combate en el campo internacional, en el que luchan los Estados pretendiendo usar de la fuerza y poder político para favorecer las utilidades económicas de sus respectivos súbditos, o, por el contrario, haciendo que las fuerzas y el poder económico sean los que resuelvan las controversias políticas originadas entre las naciones". (Q.A.39).

Pío XI al diagnosticar el mal capitalista había ya hecho notar que la idea que la guerra es una consecuencia del capitalismo y de su política no era una teoría descubierta y propagada por el comunismo. En cambio es propio de la Iglesia el haber descubierto en la política capitalista, la causa que en la esclavitud del Estado nos hace ver las razones de la derrota de los espíritus y de la prostración social.

Señala justamente esto mismo Pío XII en su mensaje de 1941: "vemos de un lado las ingentes riquezas dominar a la economía privada y pública y muchas veces también a la actividad civil: de otro lado la innumerable muchedumbre de aquellos que más que una directa o indirecta seguridad de la propia vida, no toman mayor interés en los verdaderos y altos valores del espíritu, se cierran a las aspiraciones de una genuina libertad, se arrojan al servicio de cualquier partido político, esclavos de cualquiera que les promete en algún modo pan y tranquilidad. Y la experiencia ha demostrado de qué tiranía en semejantes condiciones, sea aún en este tiempo capaz la humanidad".

Es el precio tremendo de haberse separado el Estado de la moral cristiana y del magisterio de la Iglesia. Su "non serviam" fué lanzado para eso, como si el servir y obedecer a Dios significara humillarse a la Iglesia la cual tiene también de Dios origen y autoridad como la sociedad civil, y también como ella depende del mismo Eterno Conductor de los destinos humanos. Fué lanzado este grito porque entre las fuerzas auxiliares que ayudaron al Estado a romper sus relaciones con la sociedad religiosa, figuró en el lugar más decisivo la plutocracia especialmente interesada en sostener el Estado laico y evitar así que la moral católica inspirara el código moderno como inspiró el Justiniano y no volviera tampoco a retoñar en el derecho y en la jurisprudencia la influencia que ejerció en los siglos cristianos, el derecho canónico. "No serviré a Dios"; y este grito que pretendió ser de libertad, no fué ya de un hombre libre sino de un esclavo. Y no esclavo del hombre, sino de algo más espantoso aún para él, ya que no logra dominarlo completamente, está fuera de él, sobre él, como un mito y una pesadilla siendo en cambio una realidad; la máquina, el dinero y el gigante mecánico del capitalismo.

LA "ULTIMA RATIO"

Nos parece escuchar aún una objeción; la final, la "última ratio", aquella a la cual se recurre siempre en toda discusión sectaria cuando la persona está acorralada y ya no tiene aliento. —No arguyamos teóricamente, dicen, los hechos afirman lo contrario. Pero esos hechos que aducen: o se les dá una interpretación tendenciosa, subjetiva y sectaria o se les presenta fingiendo ignorar que la sociedad está laicizada. Se finje igualmente ignorar que el continuo empeño en evitar que la sociedad se acerque a las fuentes del evangelio, el continuo trabajo por un ateísmo confesado, profesado y oficial, no permite "hechos" a la Iglesia ni obras, ni intervención directa, ni autoridad práctica y jurídica, ni eficaz actividad cívica, capaz de infundir en la colectividad, en el mundo toda la esencia y potencia saludable de su apostolado religioso, toda la virtud elevadora y redentora de Cristo. La Iglesia, lo mismo que en su lucha contra la guerra y por la paz, no tiene sino la palabra, "el verbo", al que la convivencia moderna impide encarnarse en su ser y en su progreso. Pero, sólo su enseñanza, ya es un hecho y un hecho tal que sobrevivirá contra todas las injusticias, para desmentir todas las acusaciones. Enseñanza de diagnóstico y de cura integral que parte radicalmente de la ética y por tanto de la conciencia, del anhelo de sanar al hombre para así sanar la sociedad; enseñanza que muestra que sólo los principios cristianos están de acuerdo con las leyes económicas de donde brota el equilibrio y la paz social. Cumple la Iglesia con su enseñanza, la función natural a toda idea, de levantarse como una negación de lo que se impugna; como la idea de civilización cristiana que se levanta contra aquella capitalista.

Lo que no acontece con el Comunismo frente al Capitalismo, del cual por ser, dialécticamente negación y antítesis tiene la terapéutica de las reacciones y de las contingencias, no la terapéutica de las evoluciones y renovaciones substanciales; el Comunismo tiene lo drástico de la cirugía, pero le sucede que por extirpar el cáncer, no solamente hiere los miembros sanos y vitales de la sociedad sino que no sabe impedir el reproducirse del mal, de este modo el capitalismo se cambia en el Estado, pero no cambia por esto su naturaleza morbosa y mortífera; infesta y envenena el organismo social entero.

Esta realidad muestra que mal pueden señalarse las páginas de la sociología católica como un manual de alianza con la plutocracia y menos aún para inventar la fantasía de un connubio entre la Iglesia y el capitalismo que cualquier tratado de Matrimonio impugnaría de nulidad por impedimento de disparidad de Culto.

N. de la R.: Artículo traducido del "Ossevatore Romano" del 8 de Mayo del presente año, del cual es autor el Director de dicho periódico Conde Della Torre.

LAS DOCTRINAS PONTIFICIAS Y LA PRENSA DE DERECHA

Por Máximo PACHECO G.

En la tarde del Sábado 7 de Mayo de 1949 el Santo Padre recibió en audiencia, en la amplia "Sala Regia" del palacio del Vaticano, a más de 400 delegados al Congreso de Roma —IX Conferencia Internacional— de la "Unión Internationale Associations Patronales Chatoliques", celebrado con la representación de las naciones adherentes: Italia, Francia, Bélgica, Holanda, Inglaterra y Canadá; y de las naciones invitadas, entre las cuales figuraban: España, Alemania, Austria, Estados Unidos, Suiza y Chile. Presidía esta delegación M. Charles Harmel, presidente del "Bureau Central" y representante de Bélgica.

A esta numerosa y distinguida representación Su Santidad el Papa dirigió un discurso en francés, cuyo texto fué publicado en "L'Osservatore Romano" el día 9 de Mayo.

Ha sido ésta, una de las alocuciones sobre materia social más importantes pronunciadas en los últimos tiempos por Su Santidad Pío XII, y que se ha prestado a mayores comentarios y críticas en la prensa de todo el mundo. Como siempre ocurre en esta clase de declaraciones, muchos las han interpretado en la forma más concorde con su posición ideológica; y hay quienes, incluso han desfigurado el claro pensamiento del Vicario de Cristo, para justificar su propio criterio.

Felizmente, no se ha conjurado frente a ellas la complicidad del silencio y los cablegramas de la United Press y de la Associated Press han transmitido estas palabras al mundo entero; de tal manera que hasta solamente un poco de honradez y buena voluntad para comprender cuál es el actual pensamiento del Papa sobre materias respecto de las cuales, aún hoy en día, existe confusión,

cuando no incomprensión, de parte de los propios grupos católicos.

Como no podía ser de otra forma, el discurso del Sumo Pontífice hace continuas referencias a la encíclica "Quadragesimo Anno", y ello, porque, como lo expresa textualmente, "respecto de la economía nacional nuestro inolvidable predecesor Pío XI había sugerido la fórmula concreta y oportuna".

En efecto, el pensamiento en materia económico-social de los tres últimos pontífices es absolutamente coincidente y denota, en cada uno, un progreso sobre su antecesor, de manera de revelar, cada vez más claramente, la fórmula precisa de reestructurar la vida comunitaria sobre una base más humana, inspirada en el ideal evangélico.

Trataremos de esbozar, en sus líneas esenciales y con criterio objetivo, el pensamiento de Su Santidad, para luego analizar la interpretación que de él han hecho algunos católicos de nuestro país.

En primer término, el Papa, condenó el "prejuicio, desdichadamente muy difundido que ve, —en la producción nacional— una oposición irreductible de intereses divergentes". Ella es sólo aparente. En el proceso económico existe una comunidad de actividades e intereses entre los empresarios y los obreros. Ambos, "son cooperadores en una obra común. Se sientan por decirlo así, a la misma mesa, puesto que al fin de cuentas, viven del beneficio neto y global de la economía nacional. A cada cual le toca su parte, y desde ese punto de vista sus relaciones mutuas, de ninguna manera, colocan a los unos al servicio de los otros". De aquí la falsedad de las doctrinas que pretenden ver en el proceso económico la concreción de la lucha de clases; co-

mo también la de aquellos que desean regularlo sobre la base del predominio del factor "capital" sobre el "trabajo humano". Ambos están igualmente interesados en el proceso productor, de tal forma que él constituye una comunidad de trabajos. Entonces no tiene justificación este distanciamiento en que ellos se encuentran en la actualidad; este predominio a veces omnipotente, que ejerce uno sobre el otro; esta exclusión del elemento trabajador en la dirección de la producción. Consiguientemente, como expresa Su Santidad, "¿por qué no sería legítimo atribuir a los obreros una justa parte de responsabilidades en la constitución y desarrollo de la economía nacional?".

Ahora bien, ni el socialismo, que bajo el pretexto de liberar al individuo lo encadena a la máquina burocrática del Estado; ni el liberalismo económico, que proletariza a las masas en beneficio de una minoría cada vez más reducida, son capaces de dar una solución integral a los problemas económicos y sociales que afligen a la humanidad en esta etapa de transición histórica. Sólo el socialismo cristiano nos da una respuesta capaz de satisfacer los intereses espirituales y materiales de los que intervienen en el proceso de la producción, y ella está sobre la base de reestructurar la empresa bajo la forma de una "Comunidad de Trabajo", en que estén asociados los que aportan el capital con los que aportan el trabajo. Como expresa Su Santidad, recordando a Pío XI, nada parece más lógico, que "el establecimiento, para la economía social, de un estatuto de derecho público fundado, precisamente, sobre la comunidad de responsabilidades entre los que forman parte de la producción".

Esta idea, por los demás, ya estaba expresada en la Encíclica "Quadragesimo Anno" al sostener Pío XI, textualmente: "juzgamos que, atendidas las condiciones modernas de la asociación humana, sería más oportuno que el contrato de trabajo, algún tanto se suavizara, en cuanto fuese posible, por medio del contrato

de sociedad... De esta suerte los obreros y empleados participan en cierta manera, ya en la gestión de la empresa, ya en las ganancias obtenidas" (Quadragesimo Anno-29).

Como expresa Su Santidad en el discurso que comentamos, "este punto de la Encíclica, fué objeto de enconadas interpretaciones; los unos veían, una concesión a las corrientes políticas modernas, los otros un retorno a la Edad Media. Habría sido incomparablemente más juicioso deponer los viejos e inconsistentes prejuicios y ponerse de buena fe y con buen corazón a la realización de la cosa misma y de sus múltiples aplicaciones prácticas. Pero en el presente, esta parte de la Encíclica, casi parece que nos da, desgraciadamente, un ejemplo de esas oportunidades que se dejan escapar por no aprovecharlas a tiempo".

A pesar de ser ésta una solución, que se imponía como la única eficaz, los políticos y economistas, por intereses creados, o por falta de visión histórica, han rehusado su aplicación. Pero, como a su vez los problemas se agudizan y los conflictos aumentan, muchos han optado, como expresa el Papa, por "otras formas, entre las cuales, especialmente en estos últimos años, el favor se ha inclinado por la nacionalización de las empresas".

No cabe duda, como manifiesta Pío XII, "que la Iglesia también, —dentro de ciertos y justos límites— admite la estatización y juzga" "que se puede reservar legítimamente a los poderes públicos ciertas categorías de bienes, aquellos que presentan un tal poder que no pueden abandonar en manos de los particulares, sin poner en peligro el bien común" (Quadragesimo Anno).

La Iglesia sostiene, al respecto, que el fin del Estado es procurar el bien común de la Sociedad; y que, para lograrlo, debe colocar aquellos medios externos y necesarios a la prosperidad pública, al alcance de todos los hombres. De manera que si una comunidad, por el libre juego de la actividad particular, procede jus-

tamente, la intervención de la autoridad se hace mínima; pero cuando esta libertad, es aprovechada por algunos para subyugar a otros, el Estado, puede, y a veces tiene la obligación de intervenir. Esta intervención está limitado si, por su fin mismo, y por el respeto que se debe a la dignidad humana y a los derechos naturales e inalienables de todas las personas.

“Pero, —como expresa Su Santidad— hacer de esta estatización la regla normal de organización pública de la economía, sería invertir el orden de las cosas. La misión del derecho público consiste, en efecto, en servir al derecho privado y no absorberlo. La economía como muchas otras actividades humanas, no es por su naturaleza una institución del Estado; al contrario ella es el resultado vivo de la libre iniciativa de los individuos y de sus grupos libremente constituidos”.

Luego, la empresa forma parte del orden jurídico privado de la vida económica, cualquiera que sea su organización, y por lo tanto como dice Pío XII, es inexacta “la hipótesis de que toda empresa entra por naturaleza en la esfera del derecho público”.

“Por ello —como continúa el Papa— el propietario de medios de producción, cualquiera que sea —propietario particular, asociación de obreros, o fundación— debe, siempre dentro de los límites del derecho público de la economía, permanecer dueño de sus decisiones económicas”. No es aconsejable que el Estado, bajo el pretexto de una mejor organización social, entre a usurpar arbitrariamente a los actuales empresarios, su derecho a la dirección; como tampoco, que los trabajadores por medios violentos se apoderen de ella.

La doctrina social cristiana encuentra que el mejor medio para provocar una adecuada organización de la vida económica y social consiste en la sustitución del régimen del salariado —que no es injusto por naturaleza, aun cuando su aplicación gene-

ralmente lo es— por uno que podría denominarse, “Comunidad del Trabajo”; pero estima, asimismo, que esto no se lograra por medio de una revolución armada, como tampoco por una estatización de la economía, sino por una evolución de las actuales instituciones, lograda en el libre juego de la actividad privada y de la libertad.

La doctrina social cristiana, sobre la intervención del Estado en la economía, como lo han manifestado reiteradamente los Sumos Pontífices, es antagónica de la libertad, según la cual, el principio que debe regirla es el de “laissez faire, laissez passer; le monde va de lui même”. Por el contrario, los Sumos Pontífices han enseñado que el Estado “no puede limitarse a ser mero guardián del derecho y el recto orden. (Cuadragésimo Año-8). La organización del mundo económico, no “puede entregarse al libre juego de la competencia. De este punto, como de fuente emponzoñada, nacieron todos los errores de la ciencia económica “individualista”; la cual, suprimiendo por olvido o por ignorancia el carácter social o moral del mundo económico, sostuvo que éste debía ser juzgado y tratado como totalmente independiente de la autoridad pública. “La libre competencia”, no puede ser en modo alguno la norma reguladora de la vida económica; y lo probó demasado la experiencia cuando se llevó a la práctica la orientación del viciado espíritu individualista” (Cuadragésimo Año-37).

Las últimas consecuencias del espíritu individualista en el campo económico, son las que nos ha tocado presenciar: “la libre competencia se ha destrozado a sí misma; la prepotencia económica ha suplantado al mercado libre; al deseo de lucro ha sucedido la ambición desenfrenada de poder; toda la economía, se ha hecho extremadamente dura, cruel, implacable” (Cuadragésimo Año-40).

Tampoco la solución la encontramos en el comunismo que aniquila el elemento humano, en toda su grandeza espiritual, bajo el pretexto de

construir una sociedad ideal en cuyo seno se desenvolverá, integralmente, la persona; pero cuya realidad es la organización de un régimen tiránico, presidido por una minoría apoyada por la fuerza.

Ni el liberalismo individualista ni el comunismo son la respuesta que la Iglesia preconiza para los problemas sociales. Ella posee a este respecto una doctrina de vital contenido, no construida sobre la base de "la fecundidad del dinero" sino fundamentada en la dignificación del elemento trabajador. Los principios fundamentales de esta doctrina nos han sido enseñados por los Sumos Pontífices especialmente León XIII, Pío XI y Pío XII, quienes la han desarrollado progresivamente y en conformidad a las nuevas exigencias del momento histórico.

Su aplicación práctica nos corresponde a nosotros, los seglares, en el campo de nuestras respectivas vocaciones.

Y concluye Su Santidad, el discurso que comentamos, manifestando que "seguramente el poner en acción y aplicar esta doctrina, no puede ser obra de un día. Su realización exige de todos los participantes un conocimiento clarividente y previsor, una fuerte dosis de buen sentido y voluntad. Ella reclama, sobre todo, una reacción radical contra la tentación de buscar cada uno su propio bienestar a expensas de otros participantes —sea cual sea la naturaleza y la forma de su participación— en detrimento del bien común. Ella requiere, por fin, un tal desinterés que sólo una auténtica virtud cristiana, sostenida con la ayuda y la gracia de Dios, puede inspirárselo".

Ha sido éste un claro y luminoso discurso en que Su Santidad, ha querido señalar, una vez más, los fundamentos del orden social-cristiano que recomienda la Iglesia; ya enunciado principalmente en las encíclicas "Rerum Novarum" de León XIII, "Quadragesimo Anno" de Pío XI, y en las diversas alocuciones del actual Pontífice.

Sin embargo, a pesar de la claridad del pensamiento de Pío XII, sus palabras han sido tergiversadas, cuando no irrespetuosamente interpretadas. Es la reacción propia de un sector que no ha querido nunca comprender la enseñanza social cristiana; que ayer silenció las Encíclicas y que hoy, en la imposibilidad de hacerlo, desfigura consciente o inconscientemente las palabras con el fin de hacer decir al Papa lo que nunca ha expresado.

Veamos algunos ejemplos que se han presentado en nuestro ambiente chileno, y que estamos ciertos se habrán presentado, también, en otros países, donde existen núcleos de católicos que temen a toda reforma y que, carentes de imaginación, se apegan a la tradición con el objeto de conservar un orden para ellos inmanente y "conveniente".

Editorialmente comentaron este discurso el "Diario Ilustrado" el día 11 de Mayo, bajo el título "La palabra de Su Santidad", en un artículo sereno preferentemente informativo. "El Imparcial" el día 12 de Mayo bajo el título "El orden económico natural", expresa textualmente refiriéndose a la actual organización de la economía: "manifestó luego el sumo Pontífice que la mala voluntad de los patronos no ha existido para crear esta situación anormal y que la buena voluntad de empleados y obreros *no puede superarla*"; para concluir manifestando que el discurso de Su Santidad interpreta perfectamente la *doctrina de los "economistas" liberales*. "El Mercurio" en un editorial publicado el 13 de Mayo y que lleva el título de "Posición de la Iglesia ante la economía", mimetiza el pensamiento de Pío XII, bajo una capa de paternalismo, o "liberalismo moderado", al igual que un artículo que, bajo el título "La libertad económica", y que lleva las iniciales M. C. P., publica el "Diario Ilustrado" del día 16 de Mayo.

El decano de la prensa chilena, "El Mercurio", en el comentario titulado "La Semana Política", del Domingo 22 de Mayo, escrito, tal

vez, como en otras oportunidades por el director del diario, don Rafael Maluenda, se refiere a la reciente división del Partido Conservador, y la explica por la existencia en esa agrupación política de partidarios y contrarios al liberalismo, de "individualistas y colectivistas"; y luego expresa textualmente: "se dice que estos pujos colectivistas provienen de las encíclicas papales y es muy posible que así sea. "Pero debe confesarse que hasta el propio Papa Pío XII debe estar un poco temeroso de lo que pueda ocurrir en el futuro próximo, porque es él mismo quien ha encabezado una notoria reacción contra el aliento anti-liberal de las recordadas encíclicas". "Y luego agrega que "esta nueva posición del Papa ante teorías y problemas sociales de la mayor magnitud se explica perfectamente como una reacción contra los desbordes de ciertos partidos católicos".

Es decir, que según este periodista, su Santidad Pío XII, "temeroso de lo que pueda ocurrir en el futuro" ha adoptado "una nueva posición ante teorías y problemas sociales de la mayor magnitud", que significa "una notoria reacción contra el aliento anti-liberal" de las encíclicas sociales de sus antecesores.

Encontramos inconcebible que el comentario noticio del diario más importante del país, desfigure de tal manera y en forma tan arbitraria, el pensamiento del Sumo Pontífice, con el objeto de hacerlo coincidente con las ideas liberales que inspiran a ese periódico.

Pero donde la desfiguración alcanza límites increíbles y va unida a una inconcebible irrespetuosidad, es un artículo que bajo el título "Economía liberal y libre albedrío" y con la firma R. S. C. (Raúl Silva Castro) publica en la página editorial y a dos columnas "El Mercurio" del 17 de Mayo de 1949. Empieza el articulista por expresar textualmente: "el actual Papa Pío XII parece haber comenzado una reacción en contra de aquellas encíclicas (las de sus ante-

cesores sobre materias económica-sociales) que a la postre puede acarrear no escasa repercusión entre los católicos de todo el mundo". Y, luego continúa: "a los lectores atentos de ciertos documentos sociales, siempre pareció, en efecto, extraño que la Iglesia hubiera podido dejar prosperar a la sombra de la encíclica una doctrina social que conducía a cierta tiranía política por el camino del subyugamiento económico". Y, agrega posteriormente: "las palabras de Pío XII, revisten pues, una importancia excepcional y parecen conducir a una revisión completa de la doctrina católica en torno a los problemas económico sociales. Hasta hoy se entendió que ella estaba, principalmente cristalizada en las encíclicas "Rerum Novarum", 1891, "Gravis de Communi", 1901, "Cuadragésimo Anno", 1931, "Charitas Christi", 1932, y en otros documentos complementarios y aclaratorios. Y continúa: "el efecto demoleedor de estas doctrinas puede verse, sin ir más allá en el Partido Conservador chileno"... Y luego agrega: "Si el Papa, informado de estos excesos, que por lo demás no tienen por qué ocurrir sólo en Chile, quiere preservar la doctrina social de la Iglesia de desarreglos que podrían conducirla a un callejón sin salida, nada tiene de raro que haya dado esta oportuna voz de alarma". Y continúa el articulista: "Hay en el documento que comentamos algunos otros puntos de discusión muy adecuados para que no se pronuncie una ruptura completa y absoluta con las encíclicas que recordábamos. Cosa por lo demás muy pertinente a la tradición de la Iglesia, va que de ésta podría decirse, parodiando una frase famosa, que "la Iglesia no da saltos". No puede, en efecto, pretenderse que Pío XII, asustado por las extrañas alianzas y contubernios católico-comunista que se han observado en los últimos años en diferentes países que están muy cerca de su corazón, vaya a revocar de golpe y porrazo la doctrina que le dejaron trazada ilustres predecesores". Y ter-

mina expresando: "Una revisión cauta, metódica, ordenada, prolija, de las encíclicas parece proceder como conclusión directa de ellas (de las palabras de su santidad Pío XII). Mientras la hace la Santa Sede por medio de sus organismos oficiales, la habremos iniciado los del estado llano en virtud del viejo principio de "que Dios entregó el mundo a las disputas de los hombres".

Es decir, que según el articulista, este discurso del Papa constituye una "reacción" en contra de las encíclicas sociales de sus antecesores; una "revisión completa" de la doctrina social cristiana; una "voz de alarma" para preservarla de "desarreglos que podrían conducirla a un callejón sin salida"; y ello, hecho cautelosamente, no "de golpe y porrazo", porque "la Iglesia no da saltos".

Esta incompreensión o desfiguración del pensamiento del Sumo Pontífice sólo puede explicarse por lo que el propio articulista se encarga de decirnos: que no tuvo a su mano el texto completo de la alocución. De otra forma tendríamos que reconocer que el articulista ignora, en absoluto, los anteriores documentos que cita; o bien, y esto sería mucho más grave, y por ello nos negamos a creerlo, que se ha pretendido, conscientemente, desfigurar el pensamiento del Papa, con el objeto de justificar la posición de aquellos católicos que defienden empecinadamente determinados privilegios materiales alcanzados en el régimen liberal individualista, negándose a escuchar la voz de los vicarios de Cristo que les hablan de reestructurar la vida comunitaria sobre una base más justa y humana.

No es posible que la prensa que se autodenomina "seria" publique esta clase de artículos, francamente tendenciosos, cuya única finalidad es sembrar el desconcierto y la incertidumbre entre los que creen encontrar en ellos información documentada; como así mismo, que esta clase de desfiguraciones se haga con documentos que, por muchos motivos, só-

lo deberían ser estudiados con criterio sereno, libre de prejuicios ideológicos.

En nuestro país, se ha criticado y se continúa criticando, empecinadamente, de parte de un vasto sector católico, a cierto núcleo que lucha por la realización práctica de las ideas social cristianas contenidas en las encíclicas y demás documentos de la Santa Sede. Se les ataca por haber "desfigurado el pensamiento de los Sumos Pontífices", por "hacer concesiones al error", por "utilizar la palabra del vicario de Cristo como arma demagógica, para obtener el apoyo del pueblo, con fines egoístas y ambiciosos". Las fuerzas del poder y del dinero se conjuran para detener el avance de estas falanges juveniles, y esgrimen como blasón "la defensa de los valores cristianos de la civilización occidental" y su "respeto incondicional por la jerarquía eclesiástica".

Este ejemplo de interpretación de una doctrina contenida en una alocución, que es uno de los muchos que nos ha tocado presenciar, pone de manifiesto cuán carentes de fundamento son las críticas a que hemos hecho referencia; así como también deja en descubierto quienes son los que desfiguran el pensamiento social de la Iglesia, y que bajo una aparente subordinación a sus mandatos, no hace otra cosa que desoír sus consejos, interpretándolos según sus propios deseos; todo lo cual ha traído como consecuencia la apostasía de la gran masa del pueblo, lo que constituye "el mayor escándalo del siglo XX".

Con el objeto de destruir estas falsas interpretaciones y mistificaciones, está luchando un grupo de católicos, con probada honradez y heroico esfuerzo, procurando sustituir nuestra sociedad burguesa y materialista por una comunidad donde existe una auténtica libertad, igualdad y fraternidad en el trabajo y donde no se exija al pueblo tanto heroísmo para practicar la virtud.

Creemos, con este comentario, haber precisado el verdadero sentido y alcance de la última alocución de Su Santidad y comprobado como aquellos que han visto en ella una reacción frente a los anteriores documen-

tos, "blasfeman de lo que ignoran, o no entienden nada de lo que de algún modo conocen, o si entienden, rotundamente han de ser acusados de injusticia e ingratitud" (Quadragesimo Anno-13).



PANORAMA NACIONAL

LA DIVISION DEL PARTIDO CONSERVADOR

ANTECEDENTES DE LA DIVISION DEL PARTIDO CONSERVADOR

Una aguda crisis interna del Partido Conservador, que ya había trascendido a la opinión pública, ha tenido su concreción con la reciente división de esa colectividad política en dos fracciones, la una —social cristiana— presidida por don Horacio Walker y don Eduardo Cruz Coke y la otra —tradicionalista— por don Joaquín Prieto Concha.

Los antecedentes de esta ruptura los encontramos en el período que siguió inmediatamente a la última campaña presidencial. La unidad de pensamiento y de acción que se había producido en torno a la persona del Doctor Cruz Coke, abanderado del partido en esa elección, había sido solo aparente; y si bien es cierto que el entonces presidente de él, don Joaquín Prieto Concha, y los demás dirigentes, habían manifestado públicamente que el Partido Conservador había cambiado de orientación política y desahuciaba definitivamente toda acción conjunta con el Partido Liberal y que incluso estaba dispuesto a compartir responsabilidades gubernativas con el Partido Socialista, no lo es menos que todo esto, de parte de un vasto sector, sólo fué escaramuza o táctica política inspirada en la confianza del triunfo. Pero el resultado desfavorable hizo que algunos pocos meditaran más serenamente sobre el porvenir político y empezaron a renegar de este nuevo giro que estaba tomando la tienda conservadora. Poco a poco esta marea fué aumentando y la crisis agudizándose. Día tras día disminuía la influencia del Dr. Cruz Coke, que había sido incontrarrestable en el período electoral. Pero éste seguía adelante, derecha y audazmente, tras

el logro de su objetivo de transformar el partido en un movimiento social-cristiano de avanzada, a semejanza de los existentes en algunos países de Europa. Entusiasmado por esta concepción el destacado ex Senador don Horacio Walker, elegido presidente del Partido, se puso también a la tarea de realizarla. Todo esto produjo inquietud y resentimientos. Los viejos conservadores y la mayoría de los parlamentarios no comprendían esta nueva orientación y sólo veían en ella una campaña demagógica destinada a encubrir ambiciones personales de mando. Pero el sector social-cristiano era mayoría en la Junta Ejecutiva y en el Directorio General, por lo cual no estaba dispuesto a hacer ninguna concesión. Además, sus dirigentes sentían el respaldo de vastos sectores juveniles que habían hecho triunfar a dos social-cristianos en las presidencias de la Federación de Estudiantes y del Centro de Derecho, y el Doctor aseguraba que contaban con el apoyo de una gran masa del pueblo.

La inesperada evolución sufrida por el Presidente de la República, don Gabriel González Videla, que, de aliado, se transformó en el más implacable enemigo del Partido Comunista, produjo honda repercusión en el Partido Conservador. Por una parte, el sector social-cristiano, atacaba duramente esta política, por el carácter negativo de ella y porque se estaba prestando para justificar una campaña antiobrera arbitraria e injusta; y en cambio el sector "tradicionalista" nombre que había adoptado la corriente opositora, de enemigos del nuevo Presidente pasaron a ser ferrosos defensores. Esta campaña anticomunista culminó con la presentación de la llamada "LEY DE DEFENSA PERMANENTE DE LA DEMOCRACIA". La discusión en

el Congreso de esta ley se prestó para una nueva agudización del problema conservador. La mayoría de los parlamentarios, que eran tradicionalistas, la votaron afirmativamente; en cambio, los social-cristianos la impugnaron y el Dr. Cruz Coke, en una actitud resuelta y decidida, votó negativamente en la discusión general de ese proyecto. Esta actitud agudizó la querrela, y el antagonismo entre los dos sectores conservadores adquirió caracteres de pasión y trascendió públicamente. Por su parte, "El Diario Ilustrado" tomó posiciones, con gran decisión y violencia y comenzó un ataque organizado al grupo social-cristiano, llegando hasta el personalismo. Esto provocó un cambio de publicaciones entre la dirección del diario y el presidente del Partido, don Horacio Walker, de un tono totalmente desacostumbrado entre miembros prominentes de un mismo partido. Como consecuencia de ello la división conservadora se perfiló con caracteres y trascendió en detalles al público.

En esos mismos días el Presidente González Videla, efectuó una reorganización de su Gabinete constituyendo uno "presidencial de administración" y llamando a formar parte de él a dos destacados integrantes del grupo tradicionalista, los señores Luis Felipe Letelier y Guillermo Varas, para servir dos ministerios de importancia comparativamente subalterna: el de Justicia y el de Salubridad. Contrariando el acuerdo de la Junta Ejecutiva de su partido, los Ministros aludidos aceptaron sus cargos, lo que les valió la censura y la suspensión por un mes, aplicada por dicho organismo. En esta forma, el Primer Mandatario introducía un nuevo factor de división dentro del Partido Conservador y agudizaba la crisis.

Tras el fracaso de las gestiones de entendimiento practicadas por los dirigentes tradicionalistas señores Pedro Lira y Rafael Moreno, se produjo en el seno del Partido Conservador un entendimiento que hizo ima-

ginar que todas las dificultades estaban solucionadas: renunció la Junta Ejecutiva y se designó una nueva, llamada de conciliación, en que estuvieron representados los tradicionalistas, y conservaron sus cargos los señores Walker y Cruz Coke, se designó, asimismo, un Comité electoral integrado por los señores Germán Domínguez y Joaquín Prieto, llamado a conocer de los reclamos que pudieran presentar los entonces pre-candidatos a parlamentarios. Se acordó mantener en sus cargos a los Ministros conservadores y se iniciaron gestiones para llegar a un pacto electoral con Liberales, Radicales, Democráticos y Socialistas de Ibáñez. Estos acuerdos, que constituyeron una amplia victoria del sector tradicionalista, son un índice para comprobar cómo se habían robustecido las posiciones de éstos y debilitado la de los social-cristianos.

Con posterioridad, y fundándose en la existencia de un complot revolucionario en el que habría tenido participación el ex Presidente de la República y General en retiro don Carlos Ibáñez del Campo, Su Excelencia solicitó del Congreso Nacional, por cuarta vez, facultades extraordinarias. Frente a esta moción, la Junta Ejecutiva del Partido Conservador, a requerimiento de sus elementos social-cristianos, tomó un acuerdo recomendando a los parlamentarios, en términos que no ofrecían lugar a dudas, el rechazo del proyecto gubernativo. Sin embargo, en la votación sólo los señores Walker y Cruz Coke mantuvieron hasta el final su actitud opositora. La rebelión del grupo parlamentario era definitiva.

Para la elección del 6 de Marzo el Partido Conservador se presentó unido a los Liberales, Radicales, Democráticos y Socialistas de Rossetti, integrando el llamado "Pacto de los Cinco", concertado gracias a la intervención personal del Presidente de la República.

La designación de los candidatos conservadores creó serios problemas que abundaron las diferencias exis-

tentes entre las dos corrientes en que está dividido el Partido. El de mayor gravedad y trascendencia fué el referente a la candidatura senatorial por Santiago. La Junta había proclamado a don Horacio Walker y a don Eduardo Cruz Coke. El sector tradicionalista, por su parte, se oponía al hecho de que fueran dos candidatos de la misma corriente y proponía al señor Sergio Fernández, como tercer candidato. La Junta no aceptó esta imposición y, como las dificultades se agudizaran, el señor Walker renunció a su candidatura, siendo reemplazado por don Maximiano Errázuriz, quien, en definitiva, resultó derrotado. Este hecho significó que el Senado perdiera, en la persona del señor Walker, a uno de los parlamentarios más talentosos y preparados, verdadero orgullo de esa Corporación. El resultado de las elecciones fué desfavorable para el conservantismo. Su votación alcanzó solamente a 100.000 votos, contra 106.000 obtenidos en la última elección parlamentaria y su representación parlamentaria bajó de 10 Senadores y 38 Diputados a 7 Senadores y 31 Diputados.

Esta pérdida electoral, no prevista, fué un nuevo antecedente que se agregó para ahondar la crisis interna, pues el sector tradicionalista había responsable exclusivamente de esta derrota a la mayoría social-cristiana de la Junta por la carencia de visión política que había demostrado en la ubicación de los candidatos. Estos últimos, por su parte, atribuían esta disminución a la falta de disciplina y lealtad de los tradicionalistas.

El equipo parlamentario conservador quedó integrado, en su mayoría, por representantes de la corriente tradicionalista, lo cual movió a los dirigentes de este sector a pedir a la Junta Ejecutiva que presentara su renuncia, a fin de proceder a la elección de una "de concordia o armonía", moción ésta que fué rechazada de plano por la fracción que dirigía el Partido.

En vista de este rechazo, los tradicionalistas formaron el llamado "Co-

mité de Unidad Conservadora", que prácticamente significó la creación de una Junta Directiva. Frente a este hecho, la Junta de don Horacio Walker ordenó a sus componentes disolverla, y como no acataran esta resolución, los censuró y suspendió del ejercicio de sus derechos como conservadores, por un mes. Por su parte, la mayoría de los parlamentarios conservadores adhirió, públicamente, al Comité de Unidad.

La división era ya un hecho y no se divisaba forma de solucionarla. Los primeros que la hicieron efectiva fueron los integrantes del Grupo Universitario Conservador: los tradicionalistas pactaron con los liberales y los social-cristianos con la Falange Nacional.

A raíz del sensible fallecimiento del destacado internacionalista don Miguel Cruchaga Tocornal, conservador del sector tradicionalista, la Junta Ejecutiva designó como candidato para ocupar esta vacante a don Alberto Echenique, en contra de los tradicionalistas que proponían a don Sergio Fernández Larraín. El señor Echenique, que de ubicarlo en alguna corriente, habra que hacerlo en la tradicionalista, aceptó, condicionado sí a ser el abanderado del partido unificado, para lo cual solicitó el apoyo del sector ya mencionado. Infructuosas fueron las gestiones de conciliación y como corolario de ello se produjo la división definitiva del Partido Conservador.

LA DIVISION DEFINITIVA DEL PARTIDO CONSERVADOR

El Sábado 14 de Mayo de 1949, a las 16 horas, en una de las salas de Comisiones de la Cámara de Diputados tuvo lugar una reunión de parlamentarios a que había convocado oportunamente la Comisión Nacional de Unidad. Asistieron 5 de los 7 senadores conservadores y 20 de los 31 diputados. Se tomó conocimiento de las diversas gestiones realizadas por don Alberto Echenique con el fin de procurar un entendimiento frente a la próxima elección parlamentaria y de

una contraproposición hecha por el señor Walker con el fin de solucionar el problema de la revisión del Directorio General, la cual se acordó rechazar, por ser inoperante.

“Por estas consideraciones —como dice el acta entregada a la prensa— se estimó que los parlamentarios del Partido, como representantes directos del electorado conservador, estaban en el deber de *asumir, transitoriamente, la plena autoridad dentro del Partido*, para establecer el imperio de los Estatutos, corregir los vicios que afectan a la composición del Directorio General y hacer posible la elección de una Junta Ejecutiva legítima, que aplique recta y lealmente el Programa del Partido”.

A continuación se procedió a elegir la Junta Ejecutiva, quedando ella compuesta por los señores Ernesto Cruz Concha, Joaquín Prieto Concha, Héctor Rodríguez de la Sotta, Alfredo Cerda Jaraquemada, Luis Larraín Cotapos, Carlos Errázuriz Mena, Andrés Walker Valdés, José María Cifuentes y Juan Valdés Riesco. Además la integran don Fernando Aldunate y don Francisco Bulnes, como representantes parlamentarios y don Sergio Miranda, en representación de la Juventud.

Finalmente se procedió a designar a don Sergio Fernández como candidato a senador por las provincias de O'Higgins y Colchagua.

Frente a este abierto acto de indisciplina, la Junta del señor Walker acordó eliminar de los registros del Partido a los integrantes de esta nueva Junta y a los que en el futuro adhirieran a ella, y desautorizar, como representantes del Partido, a los parlamentarios que se encuentren en la situación indicada.

FUNDAMENTOS DE ESTA DIVISION

La prensa del 18 de Mayo publicó un largo manifiesto de la nueva Junta al país, en que explican los fundamentos que tuvieron en vista para dar este paso. Ellos, son, principalmente, los siguientes:

1°—Negativa de la Junta Social Cristiana para proceder a la revisión del Directorio General, cuya constitución estaba viciada.

2°—Diferencias entre ambas corrientes frente al problema comunista.

3°—Diferentes actitudes frente al Gobierno. Deseo de darle un apoyo decidido, de parte del sector tradicionalista, con el objeto de “atenuar el predominio radical” y evitar la reconstitución de la Izquierda política; y actitud opositora de parte del grupo social-cristiano.

4°—Diferentes posiciones frente a los partidos Liberal y Falange Nacional. Los tradicionalistas consideran que el Partido Conservador tiene una gran “afinidad práctica” con el Liberal y “oposición ideológica” con la Falange; en cambio, los social-cristianos opinan lo contrario.

5°—En concepto de los tradicionalistas, las dos tendencias en nada difieren en cuestiones ideológicas económico-sociales.

En un manifiesto publicado el día 20 de Mayo, don Horacio Walker refuta estos cargos expresando:

1°—Que no es efectivo que la composición del Directorio General esté viciado, puesto que una comisión nombrada de común acuerdo por ambas fracciones ya lo había revisado íntegramente, hecho que reconoció el propio don Fernando Aldunate. Agrega, además, que es injusto que hoy se califique de ilegítima la autoridad de la Junta cuya validez reconoció ayer cuando se eligieron y proclamaron los candidatos a parlamentarios tradicionalistas. Luego si era espúrea la Junta que los designó, también lo es la investidura que hoy poseen.

2°—Que es efectivo que existían dos tendencias en el Partido. Por un lado un grupo que estaba desde largo tiempo “alimentando con tenacidad el espíritu de indisciplina y socavando el espíritu de autoridad”; y por la otra, un sector que se esforzaba por propagar y realizar íntegramente la doctrina social de la Iglesia.

3º—Que las diferentes posiciones políticas frente al actual Gobierno se traducen en que la corriente social-cristiana acepta compartir responsabilidades gubernativas con otros grupos políticos, siempre que ello sea sobre la base de un programa mínimo de realizaciones concretas; y por ello, critican la actitud de los tradicionalistas que aceptaron ir al Gobierno “sin llevar nada entre las manos, sin influir en los rumbos del Gobierno, en lo internacional ni en lo interior, limitándose a firmar el despacho diario y servir de cómplices en la penetración avasalladora del Partido Radical en todas las actividades nacionales”

4º—Que frente a los demás partidos, la actitud adoptada es de absoluta independencia, lo que no resta que se puedan concertar acciones comunes o pactos electorales.

5º—Que la diferencia doctrinal entre los dos grupos es profunda, pues los tradicionalistas son partidarios de “un social cristianismo dulzón”, platónico y paternal y temen que un apoyo demasiado franco a los principios social cristianos pudiera perturbar el orden social; en cambio los social cristianos pretenden traducir la doctrina integral en la vida económica y moral del país, en una política de “valerosas afirmaciones cristianas”.

APRECIACION CRITICA

La división del Partido Conservador, que venimos de analizar, no tiene otro fundamento esencial que una grave divergencia ideológica entre los dos sectores en que aparecía fraccionada esta agrupación política.

Los tradicionalistas son los representantes de esa concepción política que en el social cristianismo una doctrina profunda en contenido moral, pero irrealizable en el actual momento histórico. Que busca concretar su acción política sobre la base de un trabajo conjunto con las fuerzas de la derecha económica. Que considera secundario el apoyo de la gran masa de pueblo y su intervención

en la dirección, por estimar que carecen de la cultura y competencia necesarias. Que creen que la única forma de combatir al comunismo es mediante una política de represión policial. En fin, constituyen una fuerza de reacción que busca, por sobre todo, la mantención del orden y la tranquilidad pública.

Los Social Cristianos, en cambio, se aproximan a esa política que desde hace años inspira a la Falange Nacional, y que lucha por instaurar en Chile un orden verdaderamente humano, en que imperen la libertad y la justicia, y construido sobre la base de la sustitución del régimen capitalista por una economía humana donde esté regulado el interés de lucro por el deber moral, en que prime el factor trabajo sobre el capital y en que los obreros tengan acceso a la gestión, beneficios y propiedad de las empresas. En el plano político contingente son partidarios de una acción independiente de los grupos de derecha y procuran buscar prosélitos en la gran masa del pueblo. Consideran que el único medio de combatir al comunismo es mediante una política de avanzada social. Son partidarios, además, de una acción dinámica y audaz en forma de constituir pronto, en Chile, un gran movimiento social cristiano.

La actitud adoptada por el sector tradicionalista, no cabe duda, es de una abierta indisciplina, lo que no se justifica, tampoco, por el hecho de contar con el apoyo de la mayoría parlamentaria.

En cuanto a los integrantes de ambas corrientes, es efectivo, como se ha sostenido, que existe una verdadera confusión, pues, dentro del sector social cristiano, militan algunos que tienen de tal el nombre, ya que su anterior pensamiento y sus actividades particulares, están en abierta contradicción con los principios que dicen sustentar.

En lo que dice relación a la fuerza con que cuenta cada grupo, ello es imposible de precisar porque la gran masa conservadora permanece, y es

muy posible que esto dure un largo periodo, indefinida. Sera necesaria una contienda electoral para que cada cual busque tomar colocacion. De todas maneras tenemos, en la actualidad algunos antecedentes, cuáles son: que los tradicionalistas cuentan con un equipo parlamentario mucho más numeroso y que los dueños de rindos —de mucha significación electoral—, forman parte, casi en su totalidad, del sector tradicionalista. Además, este grupo cuenta con un órgano de prensa: "El Diario Ilustrado" y con posibilidades económicas superiores.

Los social cristianos confían en la disciplina de sus filas, ya que legalmente ellos representan al antiguo partido; además, con la juventud, con un vasto sector independiente que aun no se ha definido y con no escasas simpatías en los sectores populares y de clase media.

El porvenir, sin embargo, es incierto, aun cuando consideramos que la división del Partido Conservador es definitiva, habida consideración de la forma en que han actuado sus dirigentes y muy especialmente don Horacio Walker y el doctor Cruz Coke. Se ve, en el ánimo de ellos, el sincero propósito de llevar esta posición hasta sus últimas consecuencias. Como decía el Dr. Cruz Coke, "los conservadores están en el vértice de un ángulo cuyas aristas se empiezan a distanciar" y nadie puede imaginar hasta donde llegará la divergencia.

El camino para los tradicionalistas es fácil y halagüeño, continuando, con las fuerzas liberales, una política de reacción y ordenamiento.

Para los social cristianos la senda es difícil y enmarañada. Su porvenir es incierto, ya que depende, exclusivamente, de ellos. Su política debe ser esencialmente creadora y audaz y mantenida con fe y pasión, pero en un terreno de absoluta independencia. El país está cansado de las componendas y de los maquiavelismos y exige de los políticos jóvenes, y en especial de los social cristianos, que se comporten en una forma di-

versa; más seria y honrada, más doctrinal; que lleven a la política las virtudes morales y que la informen con ellas. De otra forma su comportamiento en nada diferirá del de los demás políticos; y la audacia y carencia de principios de algunos de aquellos predominará sobre la inocencia de éstos.

Sólo en esta forma lograrán conquistar el mayor de sus triunfos al organizar un amplio movimiento social cristiano, cuyo advenimiento hace ya largo tiempo que espera la juventud y el pueblo. El futuro es de los social cristianos en la medida que sepan conquistarlo. El indiscutido talento y fuerza moral de don Horacio Walker y las condiciones de líder del doctor Cruz Coke son un buen augurio.

MENSAJE PRESIDENCIAL

En la sesión plenaria celebrada por ambas ramas del Congreso el día 21 Mayo con el objeto de inaugurar el periodo ordinario del Parlamento, S. E. el Presidente de la República, en cumplimiento de su obligación constitucional, dió cuenta del estado administrativo y político de la Nación.

Sobre pasa los límites de este comentario referirse a los problemas económicos de nuestro país que se analizan en este Mensaje, como asimismo, a la política internacional por lo cual nos limitaremos a analizar únicamente y en forma muy sucinta, la última parte del discurso de S. E., que es la que se refiere a la política nacional.

Manifestó don Gabriel González que para el Jefe del Poder Ejecutivo nada podía ser más grato, que lar una síntesis "de una política que ha merecido en los últimos comicios electorales la aprobación elocuent del país entero". Según S. E., este triunfo de la combinación de Gobierno constituye un mandato de la opinión nacional para perseverar en el sistema de concentración de fuerza políticas y en la obra social que se encuentra empeñado. "La sensibilidad de la opinión se hierde, por cierto, si se

entrega a un solo sector ciudadano la responsabilidad de administrar y conducir". A continuación, el Presidente rindió un homenaje al Partido Radical, expresando que a pesar de que éste había determinado principalmente la elección del actual Mandatario, el cual, además, pertenecía a sus filas, ideológica y sentimentalmente" y que nada ni nadie lo hará abjurar a las doctrinas de su Partido"; "pues bien, ni estos vínculos, ni aquel hecho han movido en instante alguno a la jefatura del radicalismo a plantear al Ejecutivo exigencias o imposiciones partidarias. Por el contrario, ha sido el Partido Radical el más firme sostenedor del régimen de unidad nacional y acerca del sistema se han pronunciado siempre comprensiva y generosamente los organismos responsables y los personajes autorizados de esa colectividad. Y prosigue S. E. manifestando que "el régimen de concentración nacional escogido en Marzo por la ciudadanía es el que mejor conviene al interés patrio". A continuación hizo un llamado a la Izquierda democrática para que sus fuerzas se sumaran a las del Gobierno con el objeto de que dentro de él realizaran su programa de evolución y progreso social.

Don Gabriel González Videla, entusiasmado por el triunfo electoral alcanzado por las fuerzas de Gobierno, creyó que las relaciones entre sus diversos componentes eran de amistosa convivencia y que todos estaban dispuestos a continuar esta colaboración. Desgraciadamente no percibió, al ofrecer este cuadro político idílico, que entre los diversos partidos que lo apoyaban reinaba la más absoluta desconfianza y que los unos receleaban de los otros; que los conservadores estaban allí para evitar "la radicalización del país"; que los liberales continuaban colaborando porque ningún gobierno les había dado más garantías y defendido en mejor forma sus intereses; y que los radicales sólo buscaban lograr para sus correligionarios los puestos básicos de la administración pública, con el objeto de

asegurarse el próximo período presidencial. No percibió claramente el Presidente que este Gabinete de "concentración nacional" carecía en absoluto de consistencia; que las posiciones de sus integrantes eran antagónicas y que una gran masa radical repudiaba este "contubernio" con la Derecha. No comprendió don Gabriel González que el discurso pronunciado por don Alfredo Rosende, unos días antes, en una comida política, reflejaba exactamente el pensamiento de este alto dirigente radical, como así también el del grupo que patrocinaba su candidatura a la presidencia de la Convención del Partido, como un paso a la Presidencia de la República.

LA XVII CONVENCION NACIONAL DEL PARTIDO RADICAL

Desde 1889, en que se llevó a efecto la primera Convención Nacional del Partido Radical, torneo que es considerado como el origen de dicha colectividad, se han venido celebrando periódicamente estos Congresos que marcan una etapa en la evolución doctrinal, programática y estructural de este partido.

El 2 de Junio se inauguró, en el teatro Victoria de Valparaíso, la XVII Convención Nacional del Partido Radical. Luego de un discurso del presidente de esa colectividad, diputado don Alejandro Vivanco, usó de la palabra S. E. don Gabriel González. En lo que a este discurso se refiere, queremos distinguir entre la pieza oratoria en sí y quien la pronunció. Era costumbre en nuestro país que el Primer Mandatario se colocara en un plano superior de respetabilidad y empleara en sus discursos un tono mesurado, digno del alto cargo que ocupa. Sin embargo, don Gabriel González ha querido hacer excepción a ello y transformarse por algunos momentos, en un asambleísta que propone una tesis política a su partido. Ello es en cierta manera explicable por la trascendencia que tenía, para la estabilidad de

su Gobierno, el resultado de esta Convención; pero consideramos que pudo haber hecho el mismo planteamiento sin recurrir al insulto en contra de la oposición, a la cual, hacen sólo algunos días, hab'a llamado a colaborar con su Gobierno. El Primer Mandatario debe evitar, en lo posible, crear resentimientos en los grupos, porque en tal forma aumentan, aún más, la división y se crean odiosidades, que tarde o temprano vendrán a entorpecer su acción de gobernante. Hay muchas cosas que se pueden decir, pero hay que saberlas decir. Desde el punto de vista de su contenido, el Presidente considera que la única forma de realizar gobierno, en los actuales momentos, es mediante una combinación radical-derechista, que haga posible la ejecución de los diversos proyectos económicos que tiene señalado en su plan de industrialización del país. Esa fórmula había recibido un serio impacto con los últimos acontecimientos a que hemos hecho referencia. En estas circunstancias don Gabriel González pretendió, con extraordinaria habilidad, hacer desistirse a su Partido de la idea de organizar un bloque político distinto. Explicó los inconvenientes que ello traería y dejó de manifiesto la incongruencia y falta de afinidad de sus componentes, ya que el Presidente estaba dispuesto a no admitir en su Gabinete a algunos políticos que no sólo eran adversarios, sino enemigos de su Gobierno.

Presidente de esta Convención fué elegido don Alfredo Rosende, quien triunfó sobre su contendor don Luis Bossav por 276 votos contra 226 votos. Al agradecer su designación expresó que "ella, en ningún momento, significaría el propósito de restar la colaboración que el radicalismo debe y está obligado a prestar al Presidente de la República".

La Convención aprobó un voto político que fundamentalmente sostiene: 1° Reafirmar la posición de Izquierda; 2° Conferir al Partido el mandato de agrupar las fuerzas políticas afines con el objeto de con-

certar un plan de acción gubernativa, parlamentaria y electoral; 3° Autorizar a la Directiva para pactar, en circunstancias especiales, como las que atraviesa el país, con partidos no afines para asegurar la estabilidad institucional y la realización de programas económicos y sociales de imprescindible necesidad nacional. Pero estos pactos no podrán ser exclusivos; como tampoco se podrán hacer extensivos a partidos de tendencia antidemocrática; y 4° Prestar su más amplia colaboración al Presidente de la República.

Este voto, es susceptible de varias interpretaciones, y aún cuando acepta la mantención de la actual combinación de gobierno, simultáneamente recomienda la formación de un bloque de izquierda democrática. Se trata, como alguien dijo, de un voto líquido, cuya forma depende del envase en que se le introduzca. Es esta ambigüedad, precisamente, la que ha producido un clima de intranquilidad desconcertante.

Por consiguiente, la Convención Radical no logró aclarar la actual situación política, la cual se hizo aún más compleja.

Miembros del Consejo Ejecutivo Nacional fueron elegidos los señores Alfredo Rosende, Fernando Gualda, Aristóteles Berlendis, Juvenal Hernández, Pedro Castelblanco, Luis Alberto Cuevas y Joaquín Palma. Posteriormente fué designado presidente del CEN don Alfredo Rosende.

ELECCION DE MESA DE LAS CAMARAS

La crisis de la combinación de Gobierno, que era latente, y que ya se había manifestado exteriormente en las dificultades habidas entre los representantes de los tres partidos al distribuirse las presidencias de las Comisiones del Congreso, se hizo efectiva el 24 de Mayo, al procederse a la elección de mesa directiva de la Cámara y el Senado. En efecto, con-

tra todos los cálculos, que consideraban seguro el triunfo de don Arturo Alessandri y de don Juan Antonio Coloma en las respectivas presidencias, la Cámara eligió a don Raúl Brañes, radical, como presidente, y a don Astorrio L'apia, socialista popular, y don Carlos Cifuentes, democrático, como vicepresidentes. Por esta combinación votaron 39 diputados radicales, 10 conservadores social cristianos, 6 democráticos, 6 socialistas populares, 5 socialistas, 3 falangistas, 5 agrario laboristas, 2 liberales progresistas y 3 del Frente Nacional Democrático. Por sus contendores, don Juan Antonio Coloma y don Hugo Zepeda, votaron 31 diputados liberales y 21 conservadores tradicionalistas. En cuanto a la elección de mesa del Senado, ella se suspendió para el día siguiente, con el objeto de llegar a un acuerdo; ya que, a pesar de que se había suscrito y firmado por los señores Pedro Opitz y Hernán Videla, representantes de los partidos Radical y Liberal, un compromiso por el cual obligaban a elegir a don Arturo Alessandri y a don Enrique Eleodoro Guzmán, presidente y vicepresidente, respectivamente, del H. Senado, llegado el momento de la votación, los radicales acordaron sufragar por el señor Opitz para presidente. Esta determinación tomó de sorpresa a los senadores liberales, por lo cual el señor Maza solicitó la suspensión de la votación. La elección en el Senado no se realizó hasta el día 31 de Mayo, en que fueron elegidos, por 19 votos contra 16, y 18 contra 16, respectivamente, los señores Humberto Alvarez Suárez, radical, como Presidente y Julio Martínez Montt, democrático, como vicepresidente, en contra de los señores Fernando Aldunate, conservador tradicionalista y Pedro Oposo Cousiño, liberal.

El resultado de estas votaciones motivó la renuncia de los Ministros conservadores tradicionalistas señores Luis Felipe Letelier y Guillermo Varas Contreras y de los liberales señores Victor Oposo y Germán Riesco, renunciando todas que fueron rechaza-

das por Su Excelencia; lo que significó la mantención del actual Gabinete, con la única modificación de que el tradicionalista, don Luis Felipe Letelier fué trasladado a la Cartera del Trabajo, y, en Justicia, se designó al socialista don Juan Bautista Rossetti. El propósito que se tuvo en vista para este nombramiento, por parte del Presidente de la República, no fué otro que el de evitar la fusión de las dos fracciones en que se encuentra actualmente dividido el Partido Socialista, ya que de producirse ella, quedaría en mayoría la fracción de Ampuero y González, lo que traería consigo que el partido se fuera a la oposición.

Analicemos cuál fué la explicación que cada partido dió de estos acontecimientos y su participación en ellos.

El presidente del Partido Radical, don Alejandro Vivanco, hizo una declaración manifestando, en primer lugar, que su Partido "no está ni ha estado ligado a los partidos Liberal y Conservador por Pacto político o parlamentario alguno. Sólo para las elecciones hubo convenios con estos partidos". Agregó, además, que el actual Gabinete es de orden presidencialista, formado sin consultar a los diversos partidos, y que, en las actuales circunstancias, el radicalismo manifestaba, una vez más, su intención de continuar prestando su colaboración al Jefe del Estado. Expresó, además, que en el deseo de reflejar en el Parlamento la actual composición gubernativa, había entrado en conversaciones con estos partidos y que la intransigencia de ellos, y en especial del representante liberal don Humberto Yáñez Velasco, que exigía para su partido, entre otras, la Presidencia de la Comisión de Hacienda, en carácter de indeclinable, había provocado el fracaso de este entendimiento; y que, cuando posteriormente, los liberales habían cedido en sus pretensiones, los radicales habían acordado ya un pacto con los otros grupos políticos.

El Comité parlamentario liberal dió respuesta a esta declaración respon-

sabilizando al Partido Radical de estos hechos, ya que éstos "subestimando todo, pretendieron, injustificadamente, imponer sus desmedidas pretensiones de predominio", exigiendo una de las vicepresidencias y cinco presidencias de Comisiones, entre ellas, la de Hacienda.

El Partido Socialista Popular, por mayoría de votos, desconoció este acuerdo y dió instrucciones a don Astolfo Tapia para que renunciara a la Vicepresidencia de la Cámara, expresando la firme intención de mantener su oposición al actual Gobierno.

La Falange Nacional, por su parte, expresó que no había suscrito pacto ni adquirido compromiso político alguno y que contribuyó a elegir la nueva mesa de la Cámara de Diputados "con el objeto de romper el bloque de Gobierno y en la esperanza de provocar una rectificación en el rumbo político, económico y social predominante en el país". Manifestó, asimismo, que no aceptaba la Vicepresidencia del Senado ni la Segunda Vicepresidencia de la Cámara que se le ofrecían, como tampoco ninguna consejería, pues consideraba que es de "conveniencia nacional derogar la ley que las origina". Agregó que, para la presidencia del Senado, estimaba que debería reelegirse al señor Alesandri.

Los conservadores social cristianos declararon que sus diputados "procedieron a votar dentro de la libertad que siempre se ha reconocido a los Comités en casos análogos y sin que haya mediado acuerdo previo de la Junta; pero que en cualquiera de las diferentes actitudes asumidas no significa participar en ninguna combinación o block, pues no se ha alterado la línea política anterior acordada por el partido".

El Presidente de la República, al rechazar la renuncia de los Ministros liberales y conservadores, manifestó su opinión sobre estos sucesos, expresando que no se podía aceptar "un cambio de régimen por algo incierto, impreciso, inestable, que no pasa más allá de ser una escaramu-

za parlamentaria, destinada, según propia declaración de los partidos pactantes, a romper la unidad de los partidos que dan estabilidad y confianza al Gobierno". "Esta actitud está inspirada en el incalificable propósito de derribar gabinetes que no pueden ser reemplazados, porque eso les da la esperanza de ver facilitada la caída definitiva del régimen o por lo menos, provocar la crisis presidencial. En resguardo del régimen constituido y en defensa de mis propias facultades privativas amenazadas tan gravemente por este pacto, yo no sólo lo declaro inaceptable e impolítico sino que, en uso de mis prerrogativas constitucionales afirmo que jamás podrá servir de base a ninguna fórmula de gobierno, por existir entre los pactantes enemigos de mi Administración y no simples opositores".

Posteriormente, en el discurso pronunciado en la Convención Radical de Viña del Mar, calificó estos hechos como una "jugada inspirada por esa trilogía de la conspiración, la insinceridad y la soberbia". Y luego agregó: "El precio, el vil precio que nuestros enemigos piensan obtener del incesto político con que aparentan favorecernos es la ruptura de la fuerte combinación que respalda mi Gobierno, y como consecuencia de ello, el divorcio entre el Jefe del Estado y su Partido". Y continuó: "Desconfiad, radicales, de la generosidad de nuestros jurados enemigos de siempre: rechazad el izquierdismo y el amor al pueblo de aquellos que en nuestra Patria mancharon la Historia con el oprobio de la más brutal y envilecedora tiranía; apartad de vuestra compañía a los que con una mano os entregan la satisfacción de tantas ambiciones humanas; pero, con la otra, ocultan el puñal que ha de servir para derribaros". Y luego agregó: "Para hacer triunfar a la mesa radical del Senado, el radicalismo chileno tuvo que sufrir la humillación de aceptar el voto de su peor detractor, el General Ibáñez. Y en la Cámara tuvo que pasar por la vergüenza de solicitar seis votos naci-

tas". Y terminó expresando que jamás entregaría el gobierno a los enemigos actuales, por lo cual venía en rogar al Partido Radical que no se separara de la "derecha democrática" sino que se uniera a ella, transitoriamente, para salvar al país.

Estos argumentos del Presidente de la República, unidos a los que privadamente debe de haber dado con posterioridad en el Palacio de Viña del Mar, motivaron un cambio de jiro del Partido Radical, el cual, por voto de mayoría, obtenido en contra del sentir de los diputados de esa colectividad, acordó dar instrucciones al senador don Humberto Alvarez para que renunciara a la Presidencia del Senado y que en cuanto a Comisiones, debía respetarse el Pacto anterior con la Derecha.

El día 15 de Junio el Presidente del Senado procedió a entregar la renuncia indeclinable de su cargo. "con el propósito de facilitar la solución del problema político que preocupa al H. Senado y acatando instrucciones del Partido". También presentó su renuncia el Vicepresidente, don Julio Martínez Montt.

APRECIACION CRITICA

Los radicales, después del triunfo alcanzado el 6 de Marzo, viven una euforia. Los primeros indicios de ella se reflejaron en el discurso pronunciado en Temuco por el senador Raúl Rettig; y otro antecedente ha sido el pacto para lograr las presidencias de la Cámara y del Senado.

Los que ayer se presentaron tímidamente a la contienda electoral, seguros casi de una derrota, se alzan, hoy orgullosamente y proclaman a todos los ámbitos que constituyen la fuerza electoral más poderosa del país; imponen exigencias administrativas y repudian a las fuerzas liberales y conservadoras tradicionalistas, con cuyo dinero, en parte, aseguran su victoria.

Los radicales ya no se contentan sólo con ser los "socios" de la Derecha, sino que buscan, por cualquier

medio, incrementar su fuerza electoral, mediante la obtención de la totalidad de los cargos directores; — seguras de que, a pesar de las malas jugadas que puedan hacer a la Derecha, ésta continuará colaborando en el gobierno, bajo la condición de que le permitan dirigir las finanzas públicas e impedir la reestructuración de la Izquierda política.

A la Derecha no interesa salir del Gobierno y pasar a la oposición; y a los radicales, por su parte, les sucede lo mismo. Por ello, estos últimos, con total falta de escrúpulos, no titubearon en traicionar a sus aliados a cambio de dos presidencias. Porque no puede sostenerse que no existiera un pacto entre los diversos integrantes del Gobierno, aun cuando no hubiera documento firmado; pues, cuando diversos partidos han hecho acción gubernativa por espacio de dos años, han dictado leyes políticas de tanta trascendencia y significado, como la de "Defensa de la Democracia", han organizado la Hacienda Pública y han compartido juntos una elección general de parlamentarios; lo que ha existido entre ellos, si no se llama pacto político, no sabemos qué nombre pueda dársele.

A pesar de todo ello, los radicales prefirieron asegurar dos presidencias a cumplir un compromiso moral y de hecho que los ligaba a los partidos de Derecha. Y en este afán de predominio político y de poder por el poder, que conduce a los radicales a claudicar repetidamente con el objeto de obtener ventajas administrativas, que no se traducen en una acción determinada de gobierno, en este deseo de perpetuarse en el poder y en la administración pública, pactaron con los partidos de oposición: falangistas, social-cristianos, agrarios laboristas y socialistas populares. Nadie se sorprendió más con este pacto que estos mismos grupos. Sin embargo, él era una realidad y existía conveniencia práctica, aunque no doctrinaria, en aceptarlo. En efecto, los radicales hicieron formal declaración de volver a su antigua orientación izquierdista, de trabajar por el pronto

despacho de una serie de leyes de amplio alcance social, de conseguir el reconocimiento del comité conservador social cristiano como el único auténtico, de apoyar al candidato a senador de esta colectividad, señor Francisco Javier Labbé y de proceder a un equitativo reparto de las presidencias de las diversas comisiones, y, finalmente, ofrecieron a la Falange Nacional, la Vicepresidencia del Senado y algunas consejerías parlamentarias, ofrecimientos ambos que fueron rechazados por este partido. Y todo ello, a cambio de las presidencias de ambas ramas del Congreso y de la mayoría de las presidencias de la Cámara.

Pero la reacción que esta actitud produjo fué tan violenta, y en especial la del Presidente de la República, que los radicales dieron pie atrás y el CEN, por mayoría de votos, decidió volver a la antigua fórmula; como consecuencia de lo cual, presentó la renuncia la mesa del Senado; y además, se procedió a la designación de presidentes de Comisiones, en esta Corporación, de acuerdo con el antiguo pacto radical derechista.

Triste experiencia la vivida en estos agitados días, en la cual ha quedado de manifiesto la poca consistencia doctrinal del Partido Radical y su carencia de escrúpulos cuando llega el momento de obtener cargos en la administración del Estado.

Estos hechos son de enorme trascendencia, porque producen un resentimiento en la moral del país y hacen perder la confianza en los dirigentes políticos. Cuando la masa del pueblo, que generalmente inspira sus acciones en los dirigentes, constata esta carencia de contenido valorativo y trascendente en su actuar, no tarda en seguir este ejemplo y la comunidad toda se torna mediocre, se pierde de la fe y el espíritu de empresa, en suma, decae la conciencia colectiva, con las incalculables consecuencias que todo ello produce en la marcha del Estado.

LOS SUCESOS DE LA AVENIDA MATTA

El Domingo 5 de Junio estaba programada una gran concentración de la Federación Nacional de la Construcción, a la cual adhirió el Frente Nacional Democrático, y que se iba a realizar en el teatro Caupolicán. Los dirigentes habían contratado el local con la debida anticipación y pagado la mitad del precio, en comprobante de lo cual se les había extendido el recibo correspondiente. Se habían repartido invitaciones a diversos dirigentes políticos, entre ellos a algunos senadores y diputados de oposición; y se había hecho abundantemente propaganda por los diarios. Llegado el día de la concentración, se reunieron en las inmediaciones más o menos 5.000 obreros de diversos sindicatos, los cuales no pudieron entrar al teatro porque su administrador había acordado no cumplir el contrato celebrado, habida consideración que los arrendatarios no exhibían la autorización correspondiente de la Intendencia y del Consejo de la Caja de Empleados Particulares. En estas circunstancias, los obreros se retiraron a la Avenida Matta, donde se concentraron. Usaron de la palabra varios dirigentes, entre ellos algunos de reconocida filiación comunista. Cuando estaban reunidos se produjo un tiroteo con la policía, como consecuencia de lo cual quedaron heridos 5 carabineros y 25 manifestantes, algunos de ellos de gravedad.

Testigos presenciales de los hechos nos han manifestado que los carabineros pretendieron disolver, a palos, la manifestación en las puertas del teatro Caupolicán y que, posteriormente, un grupo armado de la brigada móvil se presentó en la Avenida Matta y sostuvo una batalla campal con los obreros, la mayoría de los cuales estaban desarmados y otros se defendían con palos y piedras.

APRECIACION CRITICA

Los sangrientos sucesos de la Avenida Matta son de la exclusiva res-

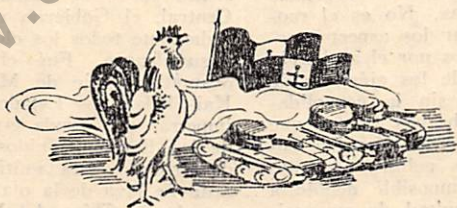
ponsabilidad del Gobierno. En efecto, existía un ánimo preconcebido de la autoridad de impedir esta concentración. Así lo había manifestado el propio Intendente de la Provincia; y ello, porque se presumía que sus organizadores eran comunistas y que en la concentración se iba a criticar al Gobierno. En cuanto al permiso de la Intendencia, que exigió el concesionario, él no era necesario, ya que se trataba de una reunión en un local cerrado. De tal manera que cuando fué mandada la brigada de carabineros al teatro y el reuero posterior a la Avenida Matta, éstos tenían instrucciones de disolver, por cualquier medio, esta concentración. No está aún determinado quien fué el primero en disparar, pero ello no interesa, por cuanto el espíritu de agresión con que había sido instruido el cuerpo de carabineros hacía inevitable estos sucesos. Una masa de obreros que se vé engañada y luego provocada, se transforma en dura y agresiva, y si a ésto se unen algunos disparos hechos en su contra, es inevitable que se traben de inmediato la refriega. De lo que en ella suceda es único y absoluto responsable el Gobierno, que teniendo en su mano el evitarlo, al haber intervenido y por lo tanto, permitido esta concentración, habría impedido el inútil

derramamiento de sangre. De ella no habría salido nada extraordinario, pues los trabajadores sólo se reunirían para protestar por su precaria situación económica. En cambio, con la represión, se han manchado de sangre inocente las calles de la capital, se han despertado sentimientos de odios en la gran masa del pueblo, que ha hecho causa común con sus compañeros; se ha prestigiado a los dirigentes comunistas, al transformarlos en mártires; y se ha ahondado el distanciamiento entre la gran masa y el Gobierno.

Censuramos estos hechos sangrientos que desprestigian al Gobierno y al régimen democrático; que crean resentimientos entre los trabajadores y enlutan a un cuerpo prestigioso como son los Carabineros de Chile.

Hace algún tiempo, aplaudimos la actitud del Presidente de la República que fué personalmente a las minas del carbón a hablarle a los obreros y justificar su política. Es ésta la actitud que corresponde a un mandatario democrático y no la de abusar de la fuerza para sembrar el terror, impidiendo todo acto organizado de oposición.

Los obreros tienen hambre de pan y no desean que se les alimente con plomo.



PANORAMA INTERNACIONAL

LA VICTORIA COMUNISTA EN CHINA, NO ES UNA DERROTA NORTEAMERICANA

La suerte de la guerra civil en China está sellada. En dieciocho meses de ofensiva, los ejércitos comunistas han destrozado positivamente a las fuerzas combatientes del régimen nacionalista. Los rojos han ocupado toda Manchuria, toda la China del Norte, casi toda la China Central y avanzan a paso de carga sobre la China del Sur. Ocupadas ya Mukden, Peking, Nanking, Shanghai y más de medio millar de otras ciudades, pueblos y aldeas de menor importancia, sus tropas están ahora a menos de doscientos kilómetros de Cantón, y el Gobierno nacionalista se prepara para su cuarta evasión. Los cables ya han anunciado que determinados funcionarios de los ministerios más importantes han sido trasladados a Chunking, la remota ciudad rodeada de montañas y casi al borde del Himalaya y del Tibet, en donde resistió Chiang Kai-Shek a los japoneses. ¡Pero esta vez todo será en vano! Digan lo que quieran los propagandistas interesados en mantener en pie al Gobierno chino para que prolongue la espantosa agonía en que se debate ese desgraciado país, la guerra se decidió hace un año, en Manchuria, cuando los comunistas desencadenaron su contra-ofensiva después de año y medio de retiradas y derrotas sucesivas. No es el momento de considerar los aspectos estratégicos planteados por el acelerado ritmo del avance de los ejércitos de Chiang Kai-Shek, sin la consolidación debida. Los hechos fueron que al producirse la contra-ofensiva comunista, tanto más peligrosa cuanto que parecía casi imposible debido a la extremada dificultad de su posición y al aislamiento geográfico en que se encontraban, los ejércitos del Generalísimo vieron pronto cortadas sus comunicaciones con el resto del

inmenso país y fueron constreñidos a encerrarse en las grandes ciudades manchúes, a la espera del agotamiento comunista o de la reapertura de las comunicaciones por nuevas tropas gobiernistas. Pero no se produjo ni una ni otra cosa. Los comunistas demostraron que eran un cuerpo armado extraordinariamente eficiente y disciplinado; y el gobierno nacionalista comprobó con tristeza que la flor y nata del ejército había sido comprometida en la "ofensiva total" tan optimistamente comprendida para acabar en Manchuria con Mao-Tse y sus huestes comunistas. El terrible "forcejeo" entre los sitiados y los sitiadores se prolongó por varios meses. Al cabo de ellos, toda Manchuria quedaba en manos comunistas y más del 60% de las mejores tropas nacionalistas habían sido destruidas o se habían pasado al enemigo. De las diez divisiones chinas especialmente entrenadas por oficiales norteamericanos y totalmente equipadas con los más avanzados modelos de material de combate, no quedaron en pie de guerra sino tres o cuatro que pudieron retirarse trabajosamente cuando el Gobierno dió Manchuria por perdida.

Hubo una breve pausa determinada por el reagrupamiento de las fuerzas de ambos bandos. Mientras los comunistas volvían a flexionar su aparato militar para el nuevo gran asalto sobre la China del Norte y Central, el Gobierno reunía desesperadamente todos los elementos bélicos a su alcance. Fué el momento del dramático viaje de Madame Chiang Kai-Shek a los Estados Unidos para impetrar una ayuda especial de parte de los Estados Unidos. Mientras se desarrollaba esta inútil tentativa, la ardiente lava de la ola comunista penetraba la China del Norte con cien tentáculos, perforaba el frente nacionalista y conquistaba Peking, dejando aislados muy importantes grupos de ejércitos nacionalistas en las zo-

nas de Suchow y Tien Tsin con sus parques de municiones norteamericanas prácticamente intactos. Los mismos que, al cabo de algunas semanas y de gestiones más o menos laboriosas para una "honorable" rendición, fueron entregados a los comunistas.

Después del retiro de Chiang Kai-Shek y del infructuoso periodo en que se trató de concertar la paz entre el Kuomintang y los rojos, vino el cruce del Yangtze, la ocupación, casi sin lucha de la capital, Nanking, y quince días después, la caída de Shangay con sus siete millones de habitantes, "la cuarta ciudad más poblada del mundo". El próximo objetivo es ahora la capital provisional, Cantón; la frontera Indochina y la Birmania, y luego Chungking. Sólo la isla Formosa donde se halla refugiado Chang Kai-Shek y donde seguramente llegarán todas o casi todas las cabezas civiles y militares del régimen derrotado, aparece como ciudadela inexpugnable para los comunistas, quienes carecen de Aviación digna de ese nombre o de Marina de Guerra.

Algunos periodistas llenan todavía algunas columnas anunciando "el Gobierno del Vice-presidente Li Tsung Yen (sucesor de Chiang Kai-Shek) dispone aún de dos millones de soldados"etc., etc.. Estos "soldados" son pobres muchachos campesinos, reclutados a viva fuerza, sin instrucción, mal armados, y dispuestos a la primera oportunidad a desvanecerse en la obscuridad de la noche o aprovechar la confusión del combate para huir hacia sus casas o las montañas.... ¡o para desertar y enrolarse en las filas comunistas, a veces en número de varios millares! Son como el "millón de soldados" de las "tribus gayas", con que nos alentaba tontamente la prensa antifacista cuando Mussolini invadió Etiopía.

No; es definitivamente tarde para que cambie la suerte de las armas en China. Militarmente hablando la guerra ha terminado. Falta solamente saber cuánto harán durar las luchas de aplastamiento, dispersión y

matanza, aquéllos que tienen hoy la responsabilidad de ordenar el cese de la inútil resistencia.

LA GUERRA DE 22 AÑOS

Esta breve relación de la campaña de los últimos dieciocho meses no contiene, sin embargo, todos los antecedentes necesarios para juzgar debidamente el dramático desenlace a que estamos asistiendo. Hay que tener presente que la guerra entre Chiang Kai-Shek y los comunistas lleva prácticamente 22 años, sin más que un breve interregno, hecho más de pasividad que de acuerdo activo, creado por la lucha contra los japoneses, que ambos bandos libraron "por cuerda separada". En 1925, después de la muerte del fundador de la República China, Sun Yat Tsen, comenzó su joven y brillante heredero, Chiang Kai-Shek su formidable campaña para terminar con el régimen feudal, a base de "señores de la guerra" y de "ejércitos particulares", que desmembraba al viejo Dragón Chino y lo hacía más una ficción jurídica que una nación coherente y organizada. Hasta 1927 los comunistas colaboraron en el Kuomintang, partido único, o mejor, organización única de partidos que generaba al Gobierno y se confundía con él. En 1927, sobrevino la ruptura. Chiang Kai-Shek obrando con la rapidez del rayo, aniquiló a los comunistas antes que éstos pudieran organizarse. La derrota comunista fué total. Y los métodos de lucha alcanzaron una brutalidad sin precedentes. Por un momento pareció que todo el alto mando comunista en China sería arrancado de cuajo, lo cual no era entonces un modo de hablar, sino una realidad espeluznante, como lo eran el aceite hirviendo, el plomo derretido o el desollamiento de aquéllos a quienes se quería "hacer hablar" o castigar en escarmiento. Era entonces jefe del Comunismo en China, el mismo que es ahora: Mao Tse Tung, nacido de una humilde familia campesina, de fuerte y rebelde temperamento y dotado de extraordina-

rias cualidades para Kder. La súbita maniobra de Chiang, dividió en cien pedazos la resistencia comunista y copó a Mao Tse Tung y a sus 60 mil comunistas, en una de las provincias del extremo sur de China: la de Fukien. Cortado de toda comunicación con Rusia, de la cual la separaban los ejércitos nacionalistas y más de cuatro mil kilómetros de terreno, la posición de Mao Tse era desesperada a todas luces. Sin embargo, en una de las retiradas más espectaculares de toda la historia, el jefe rojo mantuvo la cohesión de su ejército en una serpenteante y terrible marcha continua ¡por más de diez mil kilómetros! En esta increíble operación de guerra, realizada a través de territorio técnicamente enemigo, perdió las cuatro quintas partes de sus hombres, llegando al montañoso refugio de Yen-an, al otro extremo de China, al borde de la Mongolia Exterior, protegido por el desierto y restablecido el contacto con los rusos, con apenas poco más de 10 mil hombres. Durante varios años, los comunistas desaparecieron como amenaza militar en China. Después vino la agresión japonesa de 1931, cuyo desenlace fué la creación del Estado de Manchukúo, y, años más tarde, la Segunda Guerra Mundial. Recién entonces se arbitró alguna forma de colaboración entre Chiang Kai-Shek y su antiguo enemigo, Mao Tse, para combatir a los nipones. Muchos cargos han sido hechos por los nacionalistas, posteriormente, en orden a que los comunistas chinos sólo se limitaban a defenderse de los japoneses cuando eran atacados, dejando, calculadamente, que las acciones de guerra desgastaran a los nacionalistas. El hecho es que, al producirse el ataque ruso en el frente siberiano en la primera quincena de agosto de 1945, y la rendición incondicional del Japón una semana más tarde, ante el impacto de las dos bombas atómicas —la de Hiroshima y la de Nagasaki—, los rusos ocuparon toda la Manchuria, desarmaron al poderoso grupo de ejércitos japoneses concentrados en ese importantísi-

mo frente, cuyo material estaba intacto, pues apenas si alcanzó a entrar en acción, impidieron por muchos meses la entrada de autoridades o tropas del gobierno nacionalista y consolidaron en cambio, todo cuanto les fué posible, la posición de los comunistas chinos, a los cuales —desde luego— entregaron el poderoso armamento japonés confiscado. Cuando, después de laboriosas negociaciones entre los Cuatro Grandes (China uno de ellos), se produjo el retiro de las tropas rusas, Chiang Kai-Shek tenía enfrente suyo a un ejército comunista chino magníficamente armado, dueño geográfico del terreno, sostenido moralmente y políticamente por la Unión Soviética, y más o menos prestigiado ante la masa china por la participación que les había cabido en la lucha contra los japoneses; participación que fué exagerada y magnificada todo cuanto fué posible por la propaganda... y por la complaciente tolerancia en ese entonces, de los medios aliados de información y difusión de noticias.

Pronto comenzaron serias dificultades entre los nacionalistas y los comunistas, motivadas por la existencia de dos autoridades en el país y, sobre todo, por la terminante negativa de los comunistas a desarmar su ejército o a fusionarlo con el ejército nacional. Fué el momento en que llegó mister Marshall como embajador de los Estados Unidos ante el Gobierno de China. Mister Marshall venía precedido por el inmenso renombre de haber sido el Jefe del Estado Mayor General Aliado que acababa de ganar la guerra en Europa y en Asia. Era la primera figura militar del mundo aliado contra el Eje. Y su influencia y prestigio ante el gobierno y la opinión pública norteamericana, y hasta mundial, puede decirse que no eran igualados por ningún otro hombre vivo (¡Roosevelt había muerto en Abril de 1945!) con la sola excepción tal vez de Churchill. Subrayamos esta circunstancia para dar todo el peso debido a la decisiva intervención que cupo a mister Marshall —o más exactamen-

te a la política exterior norteamericana— en el curso de los sucesos chinos. El nuevo Embajador, en requerimientos que llegaron a ser semi-públicos y luego abiertamente públicos, manifestó al gobierno chino que a juicio del gobierno de los Estados Unidos un acuerdo con los comunistas chinos era esencial; y que, en todo caso, tal acuerdo era la condición precisa exigida por el gobierno norteamericano para dar ayuda financiera a China. Cupo al propio mister Marshall la intervención sin precedentes de gestionar, como mediador entre los nacionalistas y los comunistas chinos, el convenio para que ambos grupos tuvieran representación proporcionada y adecuada en el gobierno y en el parlamento chinos, y hasta llegó a hacerlos suscribir una forma de acuerdo para la integración de los dos ejércitos en uno solo. Es un hecho histórico que el gobierno de Chiang Kai-Shek trató de resistir hasta dónde pudo esta entente con los comunistas, sobre la base de que tal acuerdo no sería cumplido por éstos últimos y que, en cambio, les daría tiempo para consolidar su posición política y militar y para hacer cambiar, desde el gobierno mismo y desde el propio parlamento, la posición de las masas chinas frente al Comunismo. Aseguraba en cambio que con una asistencia financiera y material relativamente pequeña de parte de los Estados Unidos, el Gobierno aniquilaría cualquier resistencia comunista si éstos se negaban a aceptar una posición minoritaria dentro de los cuadros representativos de la democracia china. Pero todos los argumentos fueron estériles ante la firme convicción con que mister Marshall llevó adelante las instrucciones de Washington: “o había acuerdo con los comunistas o no había ayuda norteamericana”. Chiang cedió. Se firmó el pacto con los comunistas. Hubo fotografías, profusamente reproducidas, que mostraban a mister Marshall en el centro, teniendo a un lado a Chiang Kai-Shek y al otro a Mao Tsé cambiando sonrisas.

Pero, por motivos cuyo desmenuzamiento o cuya verdad no están hoy al alcance de una información veraz, el arreglo no funcionó. Se produjo lo peor: un acuerdo de formas externas que no trajo ninguna real buena voluntad ni alguna forma de colaboración efectiva entre los pactantes. Fué un pacto de “hermanos siameses”, monstruosamente superpuestos por una operación quirúrgica artificial, en que cada uno conservaba no sólo sus propios miembros anteriores, sino su propio cerebro y sus propias malignas intenciones. Nueve meses exactos—fines de 1945 o comienzos de 1946— duraron las “sonrisas fotográficas” y el intercambio de cortesías oficiales. La cuestión de la fusión de los ejércitos fué el pretexto para el nuevo choque. Esta vez definitivo. Estaba demasiado a la vista que los comunistas continuaban inflexiblemente fieles a sus primitivos objetivos de comunizar China y de “liquidar” al régimen del Kuomintang. Desvanecidas las cortesías, suprimidas las sonrisas, la ruptura de hostilidades y el choque armado no se hicieron esperar. Cuando iban a empezar otra vez los tiros, mister Marshall fué llamado a Washington para que se hiciera cargo del Departamento de Estado, o sea del Ministerio de Relaciones de los Estados Unidos.

Mientras tanto, los “tiros” comenzaron bien para Chiang Kai-Shek. Tan bien, en verdad, como habían sido en 1927. Las derrotas comunistas se sucedieron una tras otra. Ni la China Central ni la del Sur fueron siquiera amagadas por la amenaza comunista. Los “helsillos” comunistas de la China del Norte fueron despedidos y pronto los ejércitos nacionalistas avanzaban en Manchuria a lo largo de todas las vías férreas capturando una ciudad después de la otra e internándose más y más en el “imperio manchuriano” dejado por el Ejército rojo como precioso presente a los comunistas chinos. La batida nacionalista fué tan lejos, que llegó a arrojar a los comunistas de la ciudad de Yennan, remota ciudad próxima ya a la frontera mongólica,

que había sido llamada la "capital comunista". Aparentemente la fase de las grandes batallas había terminado y todo lo que quedaba eran "operaciones de limpieza". Fué entonces, hace dieciocho meses, cuando del "cielo azul" nacionalista, y en medio de la confiada atmósfera del periodismo oficial, surgió inexplicablemente el rayo de la contra-ofensiva roja. Pronto Yennan, Chan-Chun, la capital de Manchuria, Harbin y el gran centro industrial y urbano de Mudken, pasaban a ser el foco de las noticias, con los comunistas golpeando en las afueras y los nacionalistas sitiados y defendiéndose trabajosamente. Ya hemos descrito, las fases principales de esta campaña y como ella amenaza cerrar ahora definitivamente esta larga lucha de 22 años entre Chang Kai-Shek y Mao-Tsé, entre el Kuomintang y el Comunismo chinos.

LOS "POR QUE" DE LA DERROTA

Para algunos, la causa fundamental del descalabro militar nacionalista hay que buscarla en la superior habilidad estratégica de los comunistas, que se replegaron continuamente hasta muy al interior de Manchuria conservando intacto lo esencial de sus fuerzas, engañando a sus adversarios que los creían extenuados y motivando una extensión tan enorme de líneas de comunicación nacionalistas, que éstas no pudieron ser sostenidas en el instante crítico de la contra-ofensiva roja.

Para otros, en cambio, la causa principal de la derrota es la increíble corrupción que habría dominado los cuadros administrativos y militares de la China gubernamental. Varias publicaciones norteamericanas han insistido en que, no solamente los empréstitos norteamericanos se disolvían en manos de los jefes del Estado, sino que, además, muy gruesos contingentes de armas norteamericanas llegaban a los frentes de batalla nada más que para ser ofrecidos en venta a los comunistas por los propios

comandantes nacionalistas para cuyas unidades estaban destinados.

Finalmente, hay quienes atribuyen el mismo colapso nacionalista al hecho de que tres décadas de continuas guerras exteriores y civiles han dejado a la economía china en una situación irrecuperable y han desmoralizado a los cuadros dirigentes, responsables del país. No hace aún tres meses, a poco de constituirse el gobierno del Vicepresidente Li en reemplazo de Chiang Kai-Shek, hubo una proposición formulada por algunos ministros del nuevo régimen "para solicitar de los miembros de la familia Kung un empréstito de cien millones de dólares, de los fondos depositados en sus cuentas privadas en los Estados Unidos". El ácido comentario del principal de los Kung —ex Ministro de Hacienda y cuñado de Chiang— fué que tal proposición "revelaba la inteligencia de sus autores". Sea lo que fuere en relación con esta poderosa familia tan próxima al régimen imperante en China, es un hecho que numerosos miembros del Gobierno o de la Administración levantaron fortunas colosales al amparo de la inestabilidad monetaria, los azares de la guerra y la especulación desenfrenada con artículos esenciales para la subsistencia de las masas. Para el pueblo chino el Comunismo o el Kuomintang han terminado por serle igualmente odiosos o igualmente indiferentes.

EL GRAN ENIGMA: LA POSICION DE LOS ESTADOS UNIDOS

Pero, por cargadas de consecuencias que sean las connotaciones internas de un país de 400 millones de habitantes, las verdaderas proyecciones del drama chino no son de orden interno sino internacional. El inmenso número de su población, la vastedad de su geografía y finalmente la posición dominante que ocupa en el Asia, hacen de China el más espectacular de los escenarios —después de Alemania— sobre los cuáles se está librando el duelo universal

entre rusos y norteamericanos; entre capitalistas y comunistas.

Gentes responsables de todas las esferas —y entre ellos prominentes miembros del Congreso norteamericano— se preguntan con expectación o angustia las consecuencias que para el desenlace final de la gran contienda podrá tener esta "resonante derrota" norteamericana en China.

Pero, la victoria comunista en China ¿es en verdad una "resonante derrota" norteamericana?

Y si lo es, ¿cómo explicarse la increíble pasividad con que han entregado China al comunismo; la escasa ayuda de todo orden que prestaron a Chiang Kai-Shek; la rotunda negativa a extender la "Doctrina Truman" o el Plan Marshall al Oriente; el rechazo de la idea de un "Pacto del Pacífico" propuesto por Australia sobre las mismas bases que el Pacto del Atlántico; la reanudación fácil e inmediato del comercio norteamericano en las zonas apenas ocupadas por los comunistas; las declaraciones oficiales ya formuladas en orden a que no habrá dificultades para un "oportuno" reconocimiento de la nueva situación de hecho que está produciéndose en China; el violento contraste que todo esto hace con la posición norteamericana —diplomática, económica y militar— en Grecia o en Turquía, para no decir nada de Alemania y Austria?

Y si la victoria comunista en China, no es una "resonante derrota" norteamericana ¿qué significado tiene entonces dentro del cuadro mundial de la política exterior estadounidense; cómo encaja el control comunista de China dentro del esquema norteamericano; cuáles son los objetivos de esa política exterior; cómo esperarán los altos círculos dirigentes del Departamento de Estado transformar esta indudable "derrota táctica" en China en un elemento positivo para una "victoria estratégica" en el más alto plano de la política mundial?

Nos adelantamos a manifestar que, a nuestro juicio, esta última hipótesis es la correcta, desde el punto de

vista de la interpretación de los sucesos chinos en relación con la política exterior norteamericana. Estamos convencidos que nada de lo que está ocurriendo en China ha sorprendido al Departamento de Estado. Nada ha sido *inesperado*. Más aún, creemos que sin exagerar la situación, podría asegurarse que el plan mundial de la política norteamericana se habría visto perturbado y alterado profundamente si la guerra civil china hubiese tenido el desenlace opuesto, con los comunistas físicamente "liquidados" y todo ese inmenso país, con su dilatadísima frontera común con la Rusia Soviética, en manos de un gobierno fuertemente anti-comunista y centralizado. Tal evento habría forzado a Washington a rectificaciones fundamentales. ¿Quiere esto decir que los Estados Unidos *deseaban* la derrota nacionalista en los términos catastróficos en que ella se ha producido? No. No quiere decir tanto. Pero sí —y del modo más evidente— que los Estados Unidos *necesitaban* que el régimen chino, de un modo o de otro (preferiblemente *por acuerdo con los comunistas*), fuera un régimen plenamente tranquilizador para la Unión Soviética y más o menos ubicado dentro de la "esfera soviética". Y esa *necesidad* era tan fuerte dentro de la concepción norteamericana del orden mundial, que aún ahora, en plena vigencia de la "guerra fría" y desvanecida ya hace mucho tiempo la "luna de miel" con la Unión Soviética que siguió a la derrota de Alemania, Estados Unidos sigue tenaz y firmemente su política de asegurar una "zona de expansión" para la U. R. S. S. en China.

Habrà algunos para quienes este criterio resulte incomprensible y represente sólo una tentativa de escamotear hechos que ellos consideran fundamentales y que comprobarían la gravedad de la derrota norteamericana y el inmenso peligro creado por la victoria comunista en China.

Como en todos los complejos sucesos de carácter internacional, los objetivos perseguidos por los bandos en lucha se entremezclan de un modo

sutil y reaccionan los unos sobre los otros creando una apariencia de gran confusión. Es importante, pues, abandonar las consideraciones de tipo más o menos secundario —por importantes que parezcan— para tratar de penetrar en las dos o tres “líneas de fuerza” o “líneas de acción” que tienen carácter permanente y que sobreviven a los “incidentes” creados por el acontecer de los hechos.

Antes de intentar un examen de los posibles “motivos” norteamericanos para su aparentemente desconcertante debilidad en China, conviene detenerse un poco sobre ciertos hechos históricos, no discutidos, que proporcionan valiosos elementos de juicio.

El primero de estos hechos, es la Conferencia de Yalta y sus acuerdos secretos en relación con China. A la Conferencia de Yalta, en Crimea, celebrada en 1944, concurren Roosevelt, Churchill y Stalin en representación de sus respectivos países. No concurre China ni fué invitado Chiang Kai-Shek, el cuál estuvo, sin embargo, en la del Cairo. Al término de la Conferencia de Yalta se produjo una ola de rumores en orden a que se habían suscrito protocolos secretos al margen de los acuerdos oficiales dados a conocer al mundo. Para contrarrestar estos rumores persistentes y alarmantes —(¡la guerra continuaba su terrible curso!)— Roosevelt hizo una terminante declaración pública en orden a que “no se había firmado en Yalta ningún convenio secreto”. Terminada la guerra, se reconoció sin embargo, que tales compromisos secretos habían sido discutidos y convenidos en Yalta. Hace tiempo ya —casi dos años— fueron admitidos oficialmente provocando en los Estados Unidos, una marejada de críticas póstumas en contra de Roosevelt. Lo más importante de dichos convenios secretos reside en el compromiso anglo-norteamericano de reconocer a Rusia “intereses especiales en China”: a entregarle el control del más importante ferrocarril manchuriano y el de dos de los mayores puertos de esa inmensa región.

Estos convenios se suscribieron no solamente sin autorización del gobierno chino, sino que, además, sin consulta ni información alguna. ¿Qué prueba este primer antecedente histórico de una magnitud que nadie podría dejar de reconocer? Prueba categóricamente que para los occidentales la China era una área de “especial interés soviético” y no anglosajón. Y ésto equivale a tanto como cuando se dice que América Latina es una zona de “especial interés norteamericano”, o el Mediterráneo de “especial interés” británico. No cabe engaño posible al respecto: el reconocimiento de que China representaba una zona de expansión soviética fué tanto o más explícito que el que reconoció otra zona de “especial interés soviético”, en los países balcánicos de origen eslavo.

Se dirá que los acuerdos logrados durante la guerra han perdido su valor. ¡Profundo error! La verdad es que hasta ahora las Grandes Potencias permanecen ligadas por esos acuerdos y sus interminables alegatos no tienen otro objeto que demostrar que en la aplicación de tales acuerdos son ellos —y no el otro— los que permanecen fieles a lo convenido. El día que dichos acuerdos sean denunciados formalmente y pierdan su valor moral, será seguro el comienzo de la Tercera Guerra.

El segundo hecho revelador lo proporciona la misión cumplida por el General Marshall como Embajador en China. Ya hemos comentado antes algunos aspectos de su tarea. Conviene recordar otra vez que fuera del propio Presidente de los Estados Unidos no había NADIE en ese gran país que pudiera representar con mayor peso y fuerza que mister Marshall la voz norteamericana. ¿Por qué va mister Marshall a China, ese país tan lejano, el más débil de los Cuatro Grandes, a asumir funciones diplomáticas tan ajenas a toda su brillante carrera militar, por un período brevísimo de apenas poco más de seis meses...? ¿Cómo atribuir ésto al azar, o a caprichos de mister Marshall? Ciertamente no. La res-

puesta es otra y muy clara: la extraordinaria importancia asignada al resultado de dicha misión. Y el contenido de dicha misión ya lo conocemos: forzar a Chiang Kai-Shek a dar cabida en su gobierno, en el Congreso y en la administración de China, al Partido Comunista. Es este otro hecho histórico indisputable. Y la importancia de su alcance no puede ocultarse a ningún observador desapasionado.

El tercer antecedente lo suministra la invariable, tenaz, terca y hasta arriesgada conducta del gobierno norteamericano durante la larga agonía del régimen nacionalista. Cuando, al término de la guerra, se trató de volver a poner en pie a la maltratada China, devastada por los japoneses, saqueada Manchuria por los rusos, agotada por la guerra y corroída por la inflación, toda la ayuda norteamericana se limitó a la autorización de un empréstito por 500 millones de dólares, o sea tanto como lo que se está dando a Grecia, un país que tiene *cien veces* menos población que China. Cuando, al discutirse el Plan Marshall en los primeros meses de iniciada la contra-ofensiva comunista y antes de caer Mukden en manos rojas, algunos Senadores y Representantes pidieron en el Congreso norteamericano que se aumentara sustancialmente la asignación de dinero, armas y ayuda técnica para China, ocurrió algo enteramente inusitado: no fueron los demás miembros del Congreso sino que fue el Gobierno norteamericano, el propio Secretario de Estado, quien resistió la presión parlamentaria para una mayor ayuda a China y sólo transó en pequeños aumentos insignificantes sobre la escasa cuota oficial propuesta. Mientras se proclamó la "Doctrina Truman" manifestando que los Estados Unidos "resistirán por la fuerza a la expansión comunista apoyada en la fuerza", en Europa, Grecia, Turquía y hasta Irán!, nada semejante se dijo o se insinuó en ninguna circunstancia en relación con China. El gobierno norteamericano hizo saber de modo indubitable a Rusia y al mundo,

que iría a la guerra por Grecia o por Irán... ¡pero guardó un total silencio sobre China! Mientras hace permanecer a tropas norteamericanas en el territorio políticamente soberano de la Corea del Sur, y se niega a retirarlas a pesar de haber retirado Rusia las suyas hace ya casi un año, abandonó sin protesta, sin lucha, sin el menor amago de resistencia, las bases navales —como la muy importante de Tsing-Tao,— que habían obtenido por acuerdos formales con el Gobierno nacionalista chino. Otro suceso marginal —el del ataque a los barcos de guerra británicos en el Yang-Tze— arroja, asimismo una violenta luz sobre cuán hondos deben ser los fundamentos de la conducta anglo-sajona frente al comunismo en China. Una corbeta británica —la "Amethyst"— es cañoneada por los rojos muriendo catorce marineros y oficiales. El destróyer enviado en su socorro, es igualmente cañoneado y obligado a regresar con bajas y daños. El crucero "London", enviado a continuación a evacuar a los heridos y sobrevivientes de la "Amethyst" es igualmente cañoneado muriendo más de cincuenta marineros y oficiales británicos y debiendo retirarse sin cumplir su tarea. La sola enumeración de esta increíble sucesión de hechos de guerra, contra barcos de Su Majestad Británica, y con sangrientos resultados, habría bastado en cualquiera otra ocasión para una arrolladora "expedición punitiva" de castigo a los comunistas chinos, que no son todavía el gobierno sino apenas una facción rebelde, y que en ese momento intentaban una operación de la más alta importancia bélica: el cruce del Yang-Tze para el ataque a Nanking y a Shangay. Pues bien, de nuevo ocurrió lo increíble: Inglaterra no hizo nada. Nada. Sepultaron a sus muertos en el lodo riberano del Yang-Tze y se retiraron, agredidos, humillados y silenciosos, a Hong Kong. Y el Lord del Almirantazgo, el Ministro a cargo de la Escuadra británica, Alexander, acaba de manifestar en cambio, con ocasión de su visita a Hong Kong en los últimos días,

que "Inglaterra establecerá las más amistosas relaciones posibles con el Gobierno de China, cualquiera que éste sea". Y los Estados Unidos, por su parte, ya han dado el zarpe a los barcos norteamericanos para que reanuden el comercio normal con Shangay, apenas cayó el gran puerto en manos comunistas.

¿Cómo negarse a admitir la poderosa conclusión que surge de estas tres categorías de hechos que hemos traído a plena luz? ¿Cómo negarse a ver que el avance comunista en China es un factor previsto y calculado desde hace largo tiempo en Washington? ¿Cómo creer que esto ha ocurrido por sorpresa o por azar; contrariando intereses esenciales de la política norteamericana o desbaratando su concepción del orden mundial y aún del orden asiático?

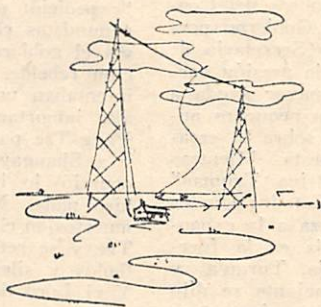
Nada de lo que hemos mencionado es controyertible. El acuerdo de Yalta admitiendo "intereses soviéticos especiales en China", es un documento histórico; la tremenda determinación de *m*ster Marshall en la especialísima misión que sirvió en China para forzar la inclusión de los comunistas en el gobierno y la administración de China, es también otro hecho histórico. La persistente e inflexible negativa del Departamento de Estado a comprometerse a fondo en la ayuda financiera, técnica o militar al régi-

men nacionalista en China en su lucha contra el Comunismo, es igualmente otro hecho de comprobación universal e irrefutable.

La conclusión de todo esto, es simple. La misma que destacamos al encabezar el presente párrafo de nuestro comentario. Una influencia soviética dominante en China es parte de la política exterior norteamericana. Los éxitos militares comunistas no han creado ningún hecho nuevo ni ha alterado el cuadro básico de la política mundial de los Estados Unidos. Nada de lo que está ocurriendo en China es *inesperado* desde el punto de vista norteamericano en sus relaciones con Rusia y el Comunismo. Y, por el contrario, mucho de lo que está ocurriendo era *necesario* que ocurriese para que el conjunto de la política norteamericana de oposición a Rusia y al Comunismo en el plano mundial, conservara coherencia en los objetivos, finales de la gran contienda y eficacia en la elasticidad y oportunidad de los métodos y de las etapas por cubrir.

Resumiendo: cualesquiera que sean las primeras apariencias, la victoria comunista en China *no es* una derrota norteamericana.

(El presente análisis de la situación china será completado en nuestro próximo cuaderno).



DOCUMENTOS

Reproducimos a continuación el notable discurso pronunciado el 13 de Mayo, dos días antes de producirse la ruptura del Partido Conservador, por el Senador don Eduardo Frei Montalva, en el cual traza las líneas de la labor que al social cristianismo corresponde en nuestro país:

LA MISION DEL SOCIAL-CRISTIANISMO EN CHILE

En un instante en que en el plano político se destacan mucho más los apetitos que las ideas; y por sobre las fuerzas contenidas en los valores puramente humanos, pesan el poder y el dinero y el metro del éxito es la única medida, sin averiguar los medios como éste se alcanza, aunque sea corrompiendo el alma profunda de la nación o extorsionando para comprarla, resulta aventurado querer situarse más allá de estas contingencias para descubrir o trazar un camino en que la nación encuentre su mejor y verdadero destino.

Hay ocasiones en que parece mucho más constructivo y creador, aún en el orden puramente político, sus traerse a la agitación momentánea, y preparar los elementos de una recuperación moral y una transformación de las condiciones del pueblo. Esto no significa abandonar el presente para soñar con un nebuloso porvenir. No. La acción de un movimiento político está destinada a interpretar las necesidades actuales de la nación; sin confundir su agitada superficie con su vida verdadera.

En estos últimos tiempos, por ejemplo, de atenernos a la información, el primer problema de Chile sería el de la sucesión presidencial. No llegamos aún a la mitad del actual período, cuando ya una dura y tenaz disputa divide a los partidos, forma clanes organizados alrededor de ciertos candidatos que lanzan declaraciones calculadas para agrupar determinadas fuerzas que según ellos,

en este tablero en que combinan, han de darles triunfo electoral. Si no fuera esto penoso, sería ridículo. En un mundo tan cambiante en combinaciones tan frágiles y ocasionales, a tar largo plazo, cuando según todos los pareceres se acerca una crisis económica que si se produce nos golpeará con extraordinaria dureza y, como en otras épocas, pondrá a prueba nuestras instituciones, observamos esta puja que sólo explican los ilimitados apetitos que despierta un cargo que por la debilidad de la oposición ha llegado a disponer de ilimitada influencia sin el contrapeso de un eficaz control.

Estando el total de la maquinaria informativa, directa o indirectamente, al servicio del Gobierno y de los intereses dominantes, se destacan estos hechos, en sí secundarios, que desorientan a la opinión pública como para distraerla de los males que la aprisionan; logrando a medias su objetivo porque ésta de manera confusa presente que son otros los problemas que verdaderamente la afectan y, cuando alguien trata de plantear la situación en sus verdaderos términos a través de diarios y radios, destrozan sus ideas, las disminuyen o presentan a medias sin otorgarle la oportunidad legítima, condición de una verdadera vida democrática, para defenderlas y darles su verdadero sentido.

Esta ausencia de una información verídica, objetiva e imparcial es uno de los mayores peligros que amenaza a los pueblos y no hay forma de responsabilizar a los que están dosificando las noticias, presentando verdades a medias, que resultan peores que la mentira total.

¿Quién por ejemplo recuerda que hace pocos meses se fundaba toda una política en la amenaza de la próxima guerra que nos obligaba a compromisos y actitudes en el orden económico e internacional? Hoy esa amenaza inmediata con que se abrumó al país no existe; pero se guarda un cuidadoso silencio en resguardo de estos profetas y nada se dice de los que sostuvimos firmemente la teoría opuesta.

Cuando hablan los grandes estadistas mundiales, se destaca todo lo que favorece a determinadas posiciones; pero por una extraña coincidencia no aparecen o se esconden los que se refieren a los profundos cambios que está experimentando la estructura social de otros pueblos.

Si de Gasperi habla contra el comunismo en nombre de la Democracia - Cristiana en Italia, hay inmensos títulos; pero cuando presenta un plan completo de reforma agraria destinado a cambiar todo el sistema de propiedad y dar ese derecho a los que trabajan la tierra, en vano se buscará siquiera la información. Sería bien poco pedir que por lo menos ambos hechos llegaran hasta el público para que éste se formara un juicio adecuado.

Sin embargo, esta situación, no debe conducirnos al desaliento. No hace muchos meses, más del 95% de los diarios americanos aseguraba la total derrota del Pdte. Truman en las elecciones; pero el pueblo dió un veredicto diverso que el señalado por los dueños de la publicidad.

Es por esto que dentro de nuestras posibilidades no renunciaremos jamás a continuar nuestra tarea, que, si es difícil, tiene la invaluable compensación moral que recogen los que miran la acción política como un deber y no como una aventura destinada a recoger estrechos o personales beneficios.

Atravesamos una curiosa etapa en nuestra vida política: el Gobierno cuenta con una mayoría única en ambas Cámaras donde logra reunir tal vez más de los dos tercios de los parlamentarios en ejercicio; lo aplauden,

salvo una que otra muy rara excepción, todos los grandes diarios y cuenta con la adhesión de casi todos los que controlan las radiodifusoras; sabe que las Fuerzas Armadas le son adictas, como es su deber ante un gobierno constitucional, y sin embargo la más ligera oposición lo exaspera de manera increíble.

Todo parece indicar que es extraordinariamente fuerte en sus posiciones y el mismo se encarga de crear signos de su propia debilidad. El Presidente de la República que como político y parlamentario ejerciese la oposición con violencia desacostumbrada, mira cualquier acto de crítica y oposición como un peligro o una amenaza al régimen. Tal es lo que se desprende de actitudes y declaraciones oficiales.

Y en el fondo tiene razón, porque esta torre de poder, aunque parezca paradójico, es frágil. Los rozamientos profundos entre liberales y conservadores y radicales, son causas latentes de inquietud que en cualquier instante, pueden aflorar. Pero hay algo más serio. Se puede tener toda la maquinaria, controlar todos sus resortes, correr de un extremo a otro uniendo elementos y retocando el edificio; pero hay algo que falta y sin lo cual una democracia auténtica no puede vivir: la fe y la confianza del pueblo. Sin duda que el Estado con sus millares de empleos, es un arma; y que el presupuesto de la Nación y la administración de la economía semi-fiscal con su red tan extensa de influencias económicas y políticas, que con su colocaciones dominan bancos y negocios particulares, son instrumentos poderosos; pero todo eso que integra al Estado, no le da un alma, ni una expresión.

Los pueblos buscan un destino en las ideas que los interpretan y la justicia en una organización social que les dé la libertad profunda, y la dignidad de ser partícipes de la vida común, y no sujetos de producción económica, de la cual no reciben sino nobres migajas.

Es por eso que al igual que entre muchos países de la tierra hemos creí-

do encontrar en la idea social cristiana el instrumento que busca para realizarse.

Pretender eludir este problema y hacer del gobierno o la política, una tarea intrascendente, o bien un juego de habilidad para combinar y mantener o solamente administrar, repartiendo beneficios en proporción a las exigencias partidistas que se prorrantean los puestos y oportunidades, es mediocridad agotadora. Por eso, a pesar del éxito momentáneo, se sabe que allí está su debilidad.

Sería necesario estar sordo al rumor del mundo para ignorar que vastas transformaciones se están operando en lo hondo de la sociedad humana.

El comunismo que ha dominado extensas zonas, continentes enteros, amenaza a la Europa y se nos llama a la defensa de la Civilización occidental y cristiana.

Pero el gran problema es cómo y por qué y por quiénes se hace esta defensa.

Vemos hoy convertidos en defensores de la civilización cristiana, a muchos que han trabajado por destruirla y que no conocen, no respetan ni adhieren a casi ninguna de las virtudes que la engendraron y que sólo toman su nombre para defender y conservar sus privilegios, que son precisamente los vicios que han debilitado y casi destruido la herencia cristiana que alimentó y sostuvo al Occidente.

Son esos mismos los que en el fondo sufren una honda desilusión porque desde luego no se va a una guerra atómica de exterminio y les parecería insensato defender esta civilización reformando al hombre y a la sociedad recuperando la vigencia plena de los valores cristianos.

Y en esto consiste precisamente el social-cristianismo: en creer que al comunismo no se le detiene en definitiva, si no se realiza esta reforma, que por sí misma implica un cambio revolucionario y creador.

Una civilización cristiana, el occidente cristiano se cimenta en la Fe, en la Esperanza y en la Caridad, que

no es limosna sino amor al hermano y a Dios. Pues quieren sostenerlo sobre la base del capitalismo, que es lucro egoísta; del escepticismo racionalista que niega la Fe y de conservar privilegios, que es como matar toda esperanza para las muchedumbres.

Por eso, el social cristianismo trasciende los límites de una posición casual y es una respuesta a la inquietud humana: al mundo comunista con su filosofía del hombre y su destino; del Estado y su función; de la familia y del trabajo; opone, no la pasión ciega del que detiene el oro que comerá la carroña y que estará al servicio de quien lo posea, sino una inspiración que redime más allá de la raza de la nación o de la clase.

Pero en un mundo donde se libra una lucha tan decisiva entre capitalismo y comunismo, el social cristiano no se puede quedar en la sola región de los principios formales. Eso no convence. Las palabras muchas veces sirven más para esconder la verdad que para decirla. Por eso el pueblo quiere ver hechos frente a los cuales los hombres se evidencian, quieren saber cuáles son las líneas concretas en lo económico, en lo sindical, en las leyes que rigen la propiedad y organizan la empresa.

Es por eso que los mejores espíritus han trabajado desde hace ya más de cincuenta años en definir una expresión técnica que ponga en vigencia las ideas que las encíclicas enunciaron. Esa es la responsabilidad de los que estamos comprometidos en la tarea política.

Se comprende, desde luego, que proyectar esta acción desde el campo de la derecha política y económica, resulta un contrasentido. Esta se apoya en el capitalismo económico y social. Aquel quiere reemplazar el régimen capitalista por otro que signifique primacía del trabajo sobre el capital y acceso de los trabajadores a la gestión, beneficio y propiedad de las empresas.

La derecha afirma y apoya el actual régimen de propiedad agrícola,

y éste quiere su reforma para incorporar a la propiedad a miles de familias y darles una mayor participación en la vida económica. La Derecha consolida, ampara e integra las organizaciones que representan el capital, pero desconfía y trata de limitar la organización sindical del Trabajo. Los social cristianos en el mundo entero, en las Trade Unión de Inglaterra, en la Internacional de Sindicatos Cristianos, en la Democracia Italiana, en las organizaciones sindicales americanas y en Chile, luchan por organizar, robustecer, y ampliar estas legítimas organizaciones que son defensa e instrumento de progreso social.

En la misma medida que el social cristianismo sea titubeante, será débil. Si quiere oponer al comunismo una nueva Fe, no podrá hacerlo si vive en un perpetuo compromiso, tratando de convencer a sectores más o menos reducidos y rehuendo el encuentro necesario con el pueblo, que en el momento histórico busca una nueva forma social.

Su primera actitud debe ser definirse no sólo en lo político, sino en lo económico y sindical. No basta hablar de un sindicato ideal compuesto por seres abstractos, apolíticos, lleno de concordia, una especie de seres amorfos que sólo piensen en cooperar. No. Es necesario ir a los sindicatos reales, vivos, con sus defectos y sus limitaciones; pero donde mala o buenamente esté el trabajador con sus sufrimientos y sus vicios; con su pobreza y a veces su ignorancia; pero también donde anida la sed de justicia y la solidaridad profunda de los humildes y desamparados.

En lo económico no es suficiente seguir repitiendo frases como aquello de la "función social de la propiedad" si eso no se transforma en soluciones técnicas y precisas de cómo organizar esas funciones de tal manera que la propiedad sirva al bien común. Y por todo ello el social cristianismo debe definirse políticamente, porque no puede ser y no ser, al mismo tiempo.

Para la idea social cristiana, estos últimos años han abierto una gran perspectiva. Cuando hace más o menos 18 años comenzamos nuestra tarea que se concretó en un partido, no tenía la resonancia actual.

Después, en la última campaña presidencial, el Dr. Cruz Coke levantó esta misma bandera y desde entonces ella ha hecho camino en el sector del Partido Conservador.

Pero lo más importante a nuestro juicio, es que al margen de las fuerzas organizadas o dentro de ellas, existen en todo el país núcleos de personas, fuerzas latentes, individualidades vigorosas, que ven en el social cristianismo una esperanza eficaz de resolver los problemas del país, de canalizar e impulsar las energías populares, y sobre todo de dar a Chile, nuevamente un tono moral, limpio, claro, y duro como su cielo, sus montañas y su vieja tradición, honrada y sobria.

No hay duda alguna que un movimiento que agrupara todos estos partidos y sectores llegaría a tener una incalculada importancia.

Yo no sé si estuviera en el derecho de pedir se midiera todo el sentido leal de estas palabras: para nosotros el social cristianismo es una convicción viva. Estamos a su servicio más allá de las contingencias del éxito o del fracaso, con la conciencia que debemos cumplir nuestra misión y que en el presente o en el porvenir fructificará esta gran pasión que alimenta nuestras vidas.

Pero también tenemos conciencia de nuestras limitaciones. Luchamos duramente, con escasos medios, con reducida expresión, hemos sabido resistir, sabemos de nuestro avance; pero él es lento y la angustia de la multitud va consumiendo la paciencia. Muchos vendrían; pero para algo más amplio.

Nosotros queremos precisamente ampliar nuestra acción. No pretendemos encerrarnos orgullosamente en lo que hemos construído. Estamos abiertos generosamente para concordar una acción de mayores proyec-

ciones. Nos interesa más la idea que defendemos, nos interesa el país y para una empresa grande, estamos dispuestos y decididos. Pedimos, en cambio, una sola cosa: igual claridad, igual decisión, no decimos igual generosidad, porque sabemos que ella está en todos.

Lo único que no es posible es permanecer indefinidamente en la indeterminación. Sería perturbar sin objeto.

El poderse unir en un solo partido o movimiento, ya sea por una federación de grupos, una fusión o la forma que mejor se acordare o conviniera, tendría las mayores proyecciones para el país.

Se contribuiría así a clarificar nuestra confusa situación política reuniendo en una sola corriente elementos dispersos o mal ubicados.

Deseamos partidos sólidos y organizados, condición de vida para una democracia y ellos nacen cuando se unen quienes sustentan una misma ideología, usan iguales procedimientos, tienen idéntica concepción del futuro. Por eso es preferible que por encima de cualquier diferencia se reconozcan por estas posiciones fundamentales. Retardar este proceso es crear la confusión.

Resulta estéril dividir los partidos por cuestiones de índole personal; por ambiciones; por criterio de mera contingencia, como sería participar o no en una combinación de gobierno. Pero si hay la unión superior que nace de una misma filosofía política y social, ella debe predominar y es así como cada fuerza ocupa su sitio y contribuye a desempeñar una tarea útil a la nación.

El social cristianismo no es una mera contingencia, es una posición universal que adoptan los que quieren crear una nueva y más justa ordenación social y ello acarrea la exigencia a veces dolorosamente necesaria de romper con un mundo dominado por otros principios.

Cuando presenciamos esta gran crisis de los valores morales y la política carece de motivos superiores, surge ante el pueblo la imagen de los

que engordan su propio provecho y consolidan, sobre la base de su acción pública, su beneficio personal.

Por eso, hemos visto en minas, ciudades y campos, cómo este pueblo desamparado, no sólo de la materialidad sino de la ilusión que perdió al mirar a muchos de los que fueron sus jefes, piensan en esta idea social cristiana con creciente adhesión. El nos observa, comienza a creer: no cometamos la traición de ser inferiores a esta esperanza que nace.

Razones obvias de política internacional—no hablemos ahora que tantas veces lo hemos hecho, del problema doctrinario—, hacen ver que el comunismo en América tiene, por largo tiempo el camino segado.

¿Va a dominar entonces el capitalismo, como régimen único?

Se opera en estos instantes en nuestra América del Sur y por consiguiente en Chile, un proceso gigantesco de transformación económica e industrialización progresiva. Masas de capitales vendrán del norte en forma cada vez más intensa.

El problema es saber qué signo presidirá esta nueva época. El capital es necesario más que en parte alguna en estos territorios, pero es preciso preguntar quiénes serán los que controlen este poder y esta riqueza.

El capital, puede venir en forma de capitalismo privado o estatal, y puede que en vez de ayudar a nuestros pueblos a ser más libres y más dignos, los convierta en factorías. ¿Es eso lo que deseamos? O bien, puede llegar hasta el Estado y entonces, si falta moral y competencia, reemplazará al antiguo empresario el alto funcionario o el político coludido con los negocios, naciendo y nuevo rico, y naufragando todos los valores morales que defienden a una nación. Y el pueblo así no alcanzará ese nuevo plano de dignidad, que es la justificación de una economía al servicio del hombre y no de los apetitos.

Esa es la misión del social cristianismo: orientar este esfuerzo crea-

dor para que ese capital que llega conduzca no sólo a un cambio económico, sino a un cambio humano.

Si la democracia quiere salvarse para estas naciones, debe realizar esta reforma. De otra manera, ella conocerá el destino de los regímenes inoperantes en que se une la corrupción a la debilidad de las instituciones. Los sucesivos golpes dictatoriales que hemos presenciado son una advertencia.

Si el social cristianismo, frente a estos hechos, quiere tener una palabra y un peso eficaz, debe constituirse como una fuerza que por su disciplina, su número y la claridad y firmeza de sus actitudes diga a la nación entera, a hombres de todas las clases, aún a los más lejanos, que aquí pueden concebir y realizar el anhelo de una patria grande.

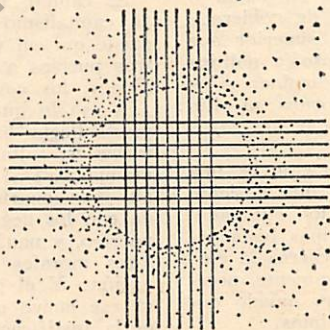
Dios, que es dueño del tiempo y conoce las más escondidas intenciones ha de permitir que seamos capaces de alimentar esta marcha que como una columna de fuego, ha de irradiar en un solo haz la ardiente inquietud de las juventudes y el clamor de las muchedumbres.

En cuanto a la posición izquierdista adoptada por el Partido Radical, ello no fué sino un golpe impresio-

nista y audaz de una de las corrientes para arrebatarse a la otra el predominio en la Convención Radical que se realizó pocos días después; y ello, porque era un hecho comprobado que la mayoría de las asambleas radicales repudiaban este contubernio que había existido entre el Partido y la Derecha.

Ha sido ésta una amarga experiencia para los partidos de oposición, que así se han visto engañados y defraudadas sus esperanzas.

En el futuro, su actuación debe estar encaminada a hacer una oposición seria, consciente y responsable, procurando cohesionarse íntimamente, para así no ver disgregados sus esfuerzos. Deben de luchar porque la moral y el interés público gobiernen siempre sus acciones para devolver de esta manera al país la fe que está perdiendo. Sobre estos partidos, compuestos en su mayoría por elementos jóvenes y algunos de gran valer intelectual y moral, recae la responsabilidad de hacer una política de trascendente contenido vital, al servicio de la gran masa proletaria y de la clase media, en especial, que son las que hoy sufren más grandemente, los resultados de una política que está llevando al país a la desorganización y a la ruina.



DECLARACION QUE EL EXCMO. SR. OBISPO DE TALCA HACE A LOS FIELES DE SU DIOCESIS RESPECTO AL DECRETO DEL SANTO OFICIO SOBRE EL COMUNISMO

Por estimarla del más alto interés, publicamos esta declaración cuyo texto tomamos de "La Mañana" de Talca, del 24 de Julio de 1949.

Habiendo llegado a esta Curia Diocesana numerosas consultas respecto al Decreto del Santo Oficio que establece la pena de Excomunión contra los que profesan, defienden y propagan la doctrina materialista y anticristiana de los comunistas, creo de mi deber dar al Clero y fieles las siguientes explicaciones:

1.— La Iglesia tiene la misión de conservar en su integridad y pureza la doctrina que su Divino Fundador le confió.

Debe en consecuencia, señalar todo error que se oponga a esa doctrina y precaver a los fieles de cualquiera enseñanza que hiera o menoscabe los principios que en ella se encierran.

Así lo ha hecho constantemente al través de su historia, sin temor a las dificultades y ataques que dicha firmeza doctrinal haya podido acarrearle.

Como Cristo Nuestro Señor, la Iglesia repite: "Para esto he nacido y para esto he venido, a dar testimonio de la Verdad".

2.— Desde la aparición de la doctrina comunista la Iglesia señaló con claridad y precisión la incompatibilidad existente entre un sistema basado en la negación de Dios, en el materialismo histórico y en el repudio de la Ley de Caridad, como es el comunismo, y su doctrina que se asienta en el reconocimiento pleno de Dios y de su Soberanía, en la afirmación y supremacía de los valores espirituales y en la preeminencia de la Ley de Caridad que manda amarse a los hombres como hermanos.

La Encíclica Divini Redemptoris, de su Santidad Pío XI, resumiendo las enseñanzas de la Iglesia respecto al comunismo, lo señala como "un sistema lleno de errores y sofismas que contradice a la razón y a la Revelación Divina, subversivo del orden social porque equivale a la destrucción de sus bases fundamentales, desconocedor del verdadero origen de la naturaleza y del fin del Estado, negador de los derechos de la persona humana, de su dignidad y libertad".

3.— La Iglesia, en consecuencia, ha condenado siempre al comunismo por su *contenido doctrinal*, opuesto al Cristianismo.

No se opone a él porque algunos comunistas propaguen medidas a beneficio de la clase trabajadora, ni porque señalen abusos reales en el campo social y económico, ni porque busquen remedios a los gravísimos proble-

mas que aquejan al mundo obrero, sino sencillamente por el contenido *materialista y ateo* de su doctrina.

4.— La oposición de la Iglesia al comunismo por las razones indicadas, no significa de ninguna manera el defender los errores, abusos y males que existen en el capitalismo. Hace justamente poco más de dos meses (8 de Mayo) el periódico del Vaticano, "Osservatore Romano" hacía ver en artículo escrito por su Director que "imaginar o acusar a la Iglesia aliada del capitalismo o encadenada al carro de su triunfo, es una acusación, que por ser totalmente contraria a la verdad constituye una verdadera calumnia".

Como decía el Emmo. Cardenal Cerejeira, Arzobispo de Lisboa: "La Iglesia de Cristo ha condenado al comunismo ateo, no para defender las cajas fuertes de los ricos, sino porque es contrario a la naturaleza y a Dios" (Dc. Cathl. 1938-col. 1505). La condenación al comunismo, no significa ponerse de parte del capitalismo, ni mucho menos aprobar sus abusos, errores e injusticias, que la Iglesia en múltiples ocasiones y en diversas formas ha igualmente condenado.

5.— La condenación al comunismo por razón de su materialismo y ateísmo no significa en ninguna manera el condenar o censurar las reformas económicas y sociales que la Justicia Social y la Caridad Cristiana exigen con apremio. "Estamos muy lejos aún del bienestar social que todos anhelan" ha afirmado hace pocos meses el Episcopado Nacional.

La redención del proletariado sigue siendo una meta que los católicos deben con todas sus energías tratar de alcanzar.

"La Iglesia, dice S. S. Pío XII, no puede ignorar ni rehusar de ver que el obrero en su esfuerzo por mejorar su condición se estrella con un sistema social, que lejos de ser conforme, a la naturaleza, se opone al orden establecido por Dios y al fin que El ha asignado a los bienes de la tierra".

Lo que la Iglesia nos ha repetido constantemente y lo que en la presente condenación quiere, una vez más, decirnos es que para los católicos el dilema no es "o capitalismo o comunismo" sino "o Cristianismo o comunismo". O se busca la solución en la aplicación íntegra y leal de las doctrinas sociales de la Iglesia, o el mundo tendrá que experimentar las dolorosas consecuencias del comunismo.

Y erran profundamente los que en las doctrinas sociales de la Iglesia ven un paso hacia el comunismo, y a los que en cualquier terreno luchan por su implantación los consideran sus colaboradores. Tales personas no han comprendido que el remedio más eficaz al comunismo se encuentra en la implantación de una verdadera y cristiana Justicia Social y que, como S. S. Pío XI afirma en la Quadragésimo Anno: "Merecen ser sobre todo condenados aquellos que por su inercia descuidan el suprimir o cambiar aquellos estados de cosas que exasperan el espíritu de las masas y preparan así el camino a la destrucción y ruina de la sociedad".

6.— Por último, reproducimos con una breve explicación el Decreto Oficial del Santo Oficio, recordando a los fieles que hay un Magisterio de

la Iglesia que tiene la misión de enseñar y que no es en comentarios de quienes no tienen autoridad donde ha de buscarse la interpretación auténtica de la doctrina Católica.

La primera pregunta dirigida al Santo Oficio es: "si es lícito inscribirse en los partidos comunistas o favorecerlos".

La respuesta es negativa, dando la razón de ella: "porque el comunismo es materialista y anti cristiano y sus jefes, aunque de palabra digan, algunas veces que ellos no combaten a la Religión, sin embargo de hecho o con la doctrina o con las obras se muestran enemigos de Dios, de la verdadera Religión y de la Iglesia de Jesucristo".

Esta primera respuesta no lleva pena canónica. Se limita a declarar la ilicitud para el católico de inscribirse o de favorecer a los partidos comunistas, y a señalar las razones de tal ilicitud.

Esta respuesta lleva envuelta la prohibición de colaboración formal con los partidos comunistas.

La segunda pregunta es: "si es lícito publicar, propagar o leer libros, periódicos, diarios, folletos que favorezcan la doctrina o actividades comunistas o escribir en ellos".

La respuesta es: "negativa" y da razón de esta ilicitud el estar ya todo esto prohibido en virtud del cán. 1399.

Este cán. que no citamos íntegro por su extensión, prohíbe a los católicos la lectura de toda publicación que defienda o propague doctrinas contrarias a la fe o moral católica, que vaya contra la disciplina eclesiástica, que divulgue supersticiones, que recomiende como beneficiosas sociedades prohibidas por la Iglesia, o declare lícito el duelo, el suicidio o el divorcio.

Esta segunda respuesta no establece censura o pena canónica para quienes falten en cuanto a esto, sino declara su ilicitud, que ya estaba establecida en virtud del cán. arriba citado.

La tercera pregunta es: "si pueden ser admitidos a la recepción de los Santos Sacramentos aquellos fieles que consciente y libremente hayan realizado aquellos actos de que hablan los números uno y dos".

La respuesta es "negativa" y explica la razón: "de acuerdo con los principios ordinarios de la denegación de los Santos Sacramentos, a quienes no tienen las disposiciones necesarias para recibirlos".

Las palabras "a sabiendas" "consciente y libremente" significan la afirmación de la doctrina común sobre imputabilidad de los actos humanos, es decir, que para incurrir en falta hay que darse bien cuenta de la ilicitud y actuar con entera libertad, o sea, ajeno a presión, fuerza o engaño que impide el libre obrar.

La razón de esta negativa es algo que todo católico debe saber: que quien no tiene las disposiciones requeridas no puede acercarse a los sacramentos. Así, por ejemplo, no es posible absolver a quien no esté dispuesto a restituir lo robado o a terminar un concubinato o adulterio.

Esta tercera respuesta no declara censura o pena canónica alguna, pues, para la denegación de los Sacramentos sólo invoca las normas comunes de la moral referentes a cualquier pecador mal dispuesto.

La cuarta y última pregunta es: "si los fieles que profesan la doctrina comunista, materialista y anti cristiana, y especialmente los que la difunden y propagan, incurrn "ipso-facto" en la Excomunión, reservada "especiali modo" a la Sede Apostólica como apóstatas de la fe católica".

La respuesta es "afirmativamente".

Este cuarto punto trata de la *profesión y la defensa y propaganda de la DOCTRINA MATERIALISTA Y ANTICRISTIANA de los comunistas.*

Declara que la *profesión de tal doctrina (y más todavía si se agregan la defensa y propaganda de la MISMA DOCTRINA) constituye apostasía de la fe católica.*

La razón obvia es que en tal caso se verifica la *definición de apóstata dada por el cánón 1325, 2: el bautizado que "abandona por completo la fe cristiana es apóstata".*

Declara que quienes hagan *profesión de tal doctrina*, por el solo hecho de tal profesión, *incurrn en excomunión* especialmente reservada a la Santa Sede.

La razón de *incurrir en esa excomunión* es la de que *son apóstatas de la fe; y los apóstatas incurrn en dicha excomunión, en virtud del cánón 2314, I (es decir, no se trata de una excomunión nueva, sino de la misma ya establecida para los apóstatas).*

Para *incurrir efectivamente* en esa excomunión se requiere verdadera *profesión de TAL DOCTRINA; y el hacer profesión de ella implica que juntamente se la acepte interiormente y así se lo manifiesta externamente.* Y además se requieren *las condiciones generales indispensables* para poder incurrir en cualquiera censura (una de las cuales es la excomunión), porque, según establece el cánón 2242, I, "con censuras se castiga solamente el delito externo, grave, consumado, y que va acompañado de contumacia", la cual implica conocimiento previo de la ley y de la censura anexa: todo eso será necesario en cada caso concreto en cada sujeto, para que efectivamente incurra en la excomunión. Este cuarto caso, referente a la *profesión de LA DOCTRINA MISMA MATERIALISTA Y ANTICRISTIANA DEL COMUNISMO*, es el *único en que se incurre en la excomunión*, por ser el único en que hay apostasía.

En lo tres primeros casos, si se incurre consciente y libremente en lo ahí prohibido, se comete pecado grave por hacerse algo ilícito, pero no se cae en excomunión.

Tal es el texto oficial de la condenación del Santo Oficio y su alcance práctico, que hemos querido recordaros con tres fines:

1) Para que conozcáis íntegro y fiel el pensamiento de la Santa Sede que debe servir de norma en vuestro obrar;

2) Para que no se hagan interpretaciones arbitrarias por quienes no tienen autoridad para ello; y

3) Para que, una vez más, prestéis a las normas de la Iglesia el pleno acatamiento y adhesión que merecen, recordando que Cristo Nuestro Señor puso al Papa como "columna y firmamento de verdad" y que, como San Ambrosio nos recuerda, "donde está Pedro, ahí está la Iglesia, ahí está el Espíritu de Dios".

+ Manuel LARRAIN E.,
Obispo de Talca.

Talca, 22 de Julio de 1949.

LOS LIBROS

CARLOS DAVIDA: *We of the Americas* (New York).

El libro de Carlos Dávila, titulado en inglés, "*We of the Americas*" y en castellano "*El Mundo que no fué*", ha provocado, en los Estados Unidos, un extraordinario interés, justificado por las ideas fundamentales que contiene. "Uno puede estar en desacuerdo con algunas de las ideas expuestas en el asombroso libro del señor Dávila, pero ciertamente no puede discutir sobre asuntos extranjeros sin haberlo leído", dijo, entre otros, el famoso periodista norteamericano Drew Pearson. El periódico "El Tiempo" de Bogotá, publicó el libro en síntesis, y le dedicó un editorial en que expresó: "Realmente, las conclusiones de "Nosotros, los de las Américas" no pueden ser más desoladoras. Nosotros, los de las Américas, vamos hacia una desintegración de la unidad que pudo habernos dado grandeza y que debió habernos hecho fuertes ante el mundo. Infortunadamente, por culpa nuestra en buena parte, como lo demuestra Carlos Dávila, y por culpa de la política europeizante de los Estados Unidos en la mayoría de los casos, la decantada solidaridad continental, el famoso "panamericanismo" no ha pasado de ser una frase, buena como elemento retórico para discursos de banquete o protocolarias declaraciones de cancilleras, pero ineficaz y casi inexistente en su efectiva acción creadora."

A raíz de la publicación de su libro, la Asociación de Abogados de Nueva York invitó a Carlos Dávila a discutir, ante ellos, los aspectos de este libro relacionados con el Comercio exterior de la América Latina, uno de los problemas más agudos tratados en la obra. En dicha ocasión, Dávila hizo una exposición de este problema, del que extraeré, en seguida, una síntesis, por el interés que ella contiene para nosotros.

El comercio exterior de la América Latina alcanzó, en 1948, la cifra de 11,700 millones; 5,500 de importaciones y 6,200 de exportaciones. Lo cual es una monstruosidad.

Si los Estados Unidos estuvieran exportando una proporción similar de su producción nacional, a la de la América Latina, las exportaciones de este país sumarían la suma de 150 mil millones de dólares al año. Y, con semejante record de comercio exterior, los Estados Unidos jamás habrían llegado a ser el coloso económico de nuestra época. La América Latina siguió el camino errado, con el resultado de que se arrastra lamentablemente detrás de los Estados Unidos, por su independencia.

Nosotros no tenemos poder comprador nacional porque vivimos de las exportaciones, y vivimos de las exportaciones porque no tenemos poder comprador doméstico. Este es el trágico círculo vicioso, en torno al cual ha estado girando la América Latina por más de un siglo.

Los Estados Unidos han estado exportando menos del 10% de su producción. En las cifras records de 1947, sus exportaciones sólo llegaron al 6% de su producción nacional. No hay ninguna república latinoamericana que no exporte menos del 40% y la mayoría el 85% de la suya. Los países productores de café exportan más del 90% de su producción: los petroleros, de 86 a 99%; los azucareros más del 80%; Argentina exporta el 70% de su carne; Chile, el 99% de su salitre y el 95% de su cobre, y Bolivia el 99% de su estaño.

Si comparamos esta situación con la de los Estados Unidos, empezamos a comprender lo que ocurrió en la América Latina, en el siglo pasado. También empezamos a comprender lo que habría significado para las Américas, en general, si la fórmula del Tío Sam de mantener su producción y consumo en un 90% en casa, se hubiera aplicado al continente americano en su totalidad. Cualquier examen de la economía interamericana conduce a la conclusión de que, en el campo económico, la ley no escrita de la solidaridad continental fué mutilada.

Durante la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos compraron 94% de sus importaciones tropicales, en su mayor parte, materiales estratégicos, a 10,000 millas de distancia, en el Lejano Oriente, en vez de hacerlo en su vecina América Latina. Los efectos de esta política pueden ser ilustrados en la catástrofe del caucho. En menos de 50 años, la América Latina, que suplía casi el 100% del caucho mundial, bajó al lugar en que ahora se encuentra, supliendo menos de un 2%. Pearl Harbour vino a demostrar los peligros de esta política. A este respecto, Dávila está plenamente de acuerdo con el Mayor Alejandro P., de Seversky, quien en su reciente visita a la América Latina, insistió en la necesidad de ir a la unión económica de este hemisferio, cuya industrialización estimó indispensable, ante el peligro de una nueva guerra mundial, en que sería imposible, para los Estados Unidos abastecerse fuera de él.

A no ser que se ponga un rápido remedio a esta situación, Carlos Dávila prevé, para el hemisferio occidental, una serie de Munichs económicos, que eventualmente traerán otro Pearl Harbour económico.

Durante los últimos años, hemos estado hablando de Un Mundo, que se desvaneció para dividirse en Dos Mundos que nos están dando diarias pesadillas; pero, económicamente, existen en realidad, Tres Mundos. Uno de ellos es el Comunista, monolítico, estrechamente unido, que se expande en el Asia y está dominado por una disciplina totalitaria más efectiva, económicamente, de lo que queremos admitir. Otro es el mundo socialista, basado en monopolios gubernamentales o privados, con economías nacionales e internacionales fuertemente dirigidas. El libre comercio ya ha sido abolido por el primero y se está tornando cada vez más difícil en el segundo. Nosotros, en América, constituimos el tercer mundo. Nosotros no endosamos ninguna de las dos corrientes anteriores, pero tenemos que hacerles frente pues entran en el juego de los tratos internacionales, si es que hemos de

aprender alguna vez la lección de que debemos tomar al mundo como es, y no como querriamos que fuese.

La victoria del Nacional Socialismo, ha dado nacimiento a la Europa Nacional Socialista. Cada vez que miramos a través del Atlántico, nos confrontamos con imperios nacionalistas socialistas, o nacionalistas comunistas. Y está todavía el Africa, que emerge como una fuente de mano de obra barata, de alimentos y materias primas que competirán con la América Latina. Lo que está ocurriendo en el continente negro es la nube más sombría que se cierne sobre el oscuro horizonte económico de la América Latina, y de los Estados Unidos. Es mi convicción, agrega Dávila, que pronto Africa desplazará, en todos los mercados mundiales los productos en los que se base la vida económica de Américas, todos; con excepción del petróleo. Pero este último será desplazado de Europa por el petróleo del Cercano Oriente. Un ejemplo: Africa exportó el año pasado tres millones de balas de algodón, casi tanto como los Estados Unidos que solían exportar casi cuatro veces esta proporción hace veinte años.

Después de la ceguera, el pánico está apoderándose de los líderes americanos. Un periódico brasilero publicó hace poco, un comentario dramático acerca de cómo todos los productos brasileros están siendo desplazados de Anvers, Bélgica, por los africanos, lo que provocó una reunión de hombres de negocios en Sao Paulo para discutir esta amenaza.

Dávila cree, sin embargo, que todavía hay la esperanza de organizar este hemisferio a tiempo. Una rápida mirada retrospectiva a la historia, nos dice que el verdadero origen de las dificultades de ambas Américas es que nunca han sido capaces de sincronizarse. Primero se puso el énfasis en el Sur. Ahora, en el Norte.

La época en que la América Latina era todo lo que contaba en el Nuevo Mundo, fué oscurecida y distorsionada por la Leyenda Negra. Por 200 años, esa Leyenda Negra esparció la idea de una conquista española bárbara, seguida de un dominio colonial, con los mismos rasgos de crueldad, oscurantismo, explotación implacable, incapacidad política, insuficiencia administrativa y retraso cultural. La oscura historia de la Hispano-América colonial, alzó después el rostro, pero la Leyenda sigue todavía influenciando a los menos informados. Se ha olvidado, sin embargo, que durante 300 años, todo el énfasis en el Nuevo Mundo, en administración política y administrativa, en organización, economía y cultura, no se hallaba en el Norte, en el mundo de habla inglesa, sino entre los pueblos de habla española y portuguesa, al Sur del Río Grande y al Este del Misisipi. Los Estados Unidos se hicieron independientes cuando tenían 3,900,000 habitantes de población. La América Latina tenía, en esa misma época, una población de 20 millones. Nueva York tenía entonces 12,000 habitantes. México, 90,000; Habana 76,000 y Lima 50,000. La América Latina se mantuvo a la cabeza de la población hasta 1870, mucho después de la Guerra Civil norteamericana en que los Estados Unidos comenzaron a aventajarla. Hoy

día, insiste Dávila, la América Latina vuelve a tomar la delantera por cinco o seis millones de habitantes. Durante siglos, la diferencia de producción y comercio entre la América Latina y la anglo-sajona fué mayor de lo que es hoy día, con la especificación de que entonces era lo reverso y la América Latina era el centro de la riqueza.

El hecho de que los Estados Unidos se adelantaran considerablemente a la América Latina, tanto en poder como en riqueza sólo durante los 130 años del período republicano, constituye una demostración de que la fragmentación de la América Latina fué el talón de Aquiles que detuvo su progreso. Mientras aquí en el Sur se destruía un imperio, otro se construía en el Norte. El proceso de integración hizo a los Estados Unidos como nación; la desintegración dispersó a las 20 naciones en el Sur.

Dávila rememora enseguida que durante el Primer Congreso Panamericano, realizado hace 60 años, la delegación de los Estados Unidos presentó el plan más asombroso y comprensivo para la coordinación e integración de la economía de este hemisferio, con Unión Aduanera, una Unión monetaria y un Banco Inter-Americano. Dicho Plan formulado por el Secretario de Estado James G. Blaine, fué paradójicamente frustrado por los "sabios" líderes latinoamericanos.

A partir de entonces, las dos Américas siguieron rumbos diferentes en materia de economía: una se convirtió en el Coloso de nuestra era; la otra, en lo que, Lord Beveridge denominó "el más grande de los escándalos": el de la pobreza en medio de la abundancia".

El cuadro de esta reversión dramática, en que la pobreza se convirtió en opulencia en el Norte y la opulencia se tornó en miseria en el Sur, es un panorama que abarca 80 años y contiene una acusación a tres generaciones de americanos, incluyendo la nuestra, la más culpable de todas.

Al proceso del siglo XIX, de recuperación de la América Latina siguió el proceso del siglo XX de recuperación de los Estados Unidos. Luego la integración económica del hemisferio occidental fué solemnemente declarada por los expertos norte y latinoamericanos como "no factible ni deseable". Y bien, declara Dávila, yo sostengo que no solo es factible y deseable, sino que pronto será imperativa y que es la única manera de impedir la derrota económica de las Américas en una lucha mundial que ya se ha iniciado. Lo que ocurrió durante la Segunda Guerra Mundial que la autosuficiencia económica es posible. El 30% de las exportaciones de la América Latina iban a los Estados Unidos antes de la guerra; ellas subieron a 57% durante el conflicto y han continuado por encima del 50%. El 34% de las importaciones de la América Latina provenían de los Estados Unidos antes de la guerra y subieron a 60% y después han continuado por encima del 54%. En cuanto al comercio inter-latinoamericano que era escaso antes de la guerra subió en casi 20%. Para muchos países latinoamericanos, el comercio exterior llegó a ser 100% inter-americano. En cuanto a los Estados Unidos, el 57% de su comercio exterior llegó a ser intra-hemis-

férico, y continuó así hasta el año pasado. Se dice que esta fué una situación de emergencia. Pero la emergencia es 100 veces más aguda ahora. La Guerra fría puede no llegar a disparar ni un sólo proyectil, pero la guerra económica está ya en marcha en todo el mundo y está lejos de ser fría.

Y ésto no afecta sólo a la América Latina. Los Estados Unidos están haciendo frente, en todas partes, a la competencia de conglomerados económicos, socialistas, coloniales, imperialistas, autárquicos, con la mano de obra barata, en que la producción y el comercio forman parte del Estado. El comercio libre pereció hace años cuando el standard de oro se derrumbó cuando Londres cesó de ser el banco de liquidación de las transacciones del mundo y cuando un revolucionario siglo XX siguió a un estable siglo XIX.

Hay que olvidarse de la falacia que se ha propagado de que una América Latina cerraría sus mercados a las exportaciones industriales norteamericanas. Canadá comenzó a ser un buen mercado para las manufacturas de los Estados Unidos, precisamente en el momento en que fué empujado por los Estados Unidos en el camino de la industrialización. Hoy día, el Canadá es el primer cliente de los Estados Unidos. Las inversiones norteamericanas en la América Latina han sido de tanta utilidad como la del Canadá y más que las que se realizan en los Estados Unidos mismos. Pero, la nueva Leyenda Negra acerca de la triste experiencia del Tío Sam en préstamos e inversiones han impedido al pueblo norteamericano saber esta realidad.

Estamos viviendo hoy día, concluye Dávila, una situación que difiere fundamentalmente de todo lo que hemos visto en la historia pasada. Por miles de años se ha dicho a los hombres que la alternativa del mundo era la Guerra o la Paz. Por eso resulta difícil captar el hecho de que ha surgido una nueva posición que no es ni de guerra ni de paz, a la par que la lucha por una dominación mundial igualmente efectiva prosigue en todos los campos, excepto en el militar.

Algo ha ocurrido que nunca ocurrió antes en la historia. Algo tan trascendental como la energía nuclear o la bomba atómica: las naciones y los continentes están siendo conquistados por medios diferentes al del fuego internacional. El término "conquista" deberá ser sometido a una nueva definición y ésta es talvez la más profunda revolución de nuestra época. Las naciones están siendo "ganadas" y no "coquistadas".

¿Nos damos cuenta de que en cuatro años de "paz" la Rusia Soviética se ha apoderado de más de dos tercios de Europa y de una mitad de Asia? ¿No podemos todavía comprender el significado de este asombroso acontecimiento de la historia, en que sin disparar un solo tiro, Rusia se ha convertido en dueña de dos continentes, de territorios y poblaciones cuya conquista le hubiera demorado siglos a cualquier imperio de la antigüedad?

¿Cuál es la solución? Dávila no aboga por nuevos empréstitos a la América Latina, ni tampoco por un nuevo Plan Marshall. Esto sólo significaría un nuevo recargo para estos pueblos ya sobrecargados. Más aún, cree que la época de los préstamos políticos a la América Latina debe ter-

minar de una vez por todas. Lo que se requiere, imperiosamente, es una integración económica hemisférica, un proceso que lo haga autárquico, y tratos preferenciales como existen en todo el mundo. Nuevos mercados y no empréstitos es la solución. Lo que necesitamos, en la América Latina, son maquinarias, y mercados estabilizados. Y, sobre todo, que el Norte y el Sur abandonen las líneas dispares comenzadas hace 60 años y se transformen en un continente en que todos sean nueva y sinceramente americanos.

Lenka Franulic.

N. de la R.: En circunstancias de encontrarse ya en prensa este número de "Política y Espíritu", S. E. el señor Cardenal Arzobispo de Santiago dirigió una instrucción pastoral acerca del Decreto del Santo Oficio sobre el comunismo, la que no pudimos por ello incluir ahora en estas páginas.

A PROPOSITO DE UN ARTICULO DE "L'OSSERVATORE ROMANO"

Reproducimos a continuación el comentario aparecido en la revista "LE DIAGNOSTIC ECONOMIQUE ET SOCIAL" sobre el artículo "La Iglesia Católica y el Capitalismo" del Conde Della Torre que publicamos en este número.

Por más destacada que sea la personalidad del Conde Della Torre no hay que exagerar el alcance doctrinario de sus posiciones. Su artículo no es un documento oficial de la Santa Sede. Sin embargo, subsiste el hecho de que no ha habido ningún documento romano que haya sido tan agresivo para el capitalismo así definido.

Su argumentación puede resumirse en las siguientes proposiciones:

1.— El capitalismo es una enfermedad social, y el cáncer es su imagen más exacta.

2.— Es antinatural o antimoral:

a) Porque impide la subordinación normal de los medios de producción a los trabajadores;

b) Porque crea una clase de poseyentes explotadores, acordando todos los derechos a la propiedad, sin subordinación al bien común;

c) Porque tiende y conduce al dominio del mundo por los poseedores de la riqueza.

3.— Su poder es tal que la Iglesia no puede combatirlo eficazmente, puesto que sabe servirse tan bien de la fuerza y de la política.

4.— Es esencialmente ateo, no en la expresión verbal de un ateísmo filosófico o de un pensamiento que no posee, pero sí, en toda la realidad de su existencia. El es, en todo lo que significa, negación de los valores trascendentes.

Se podría hacer un excelente artículo sobre estos temas. Es cierto que ya Marx y muchos otros, han desarrollado los dos primeros. Y es tal vez esta coincidencia lo que conduce al conde Della Torre a distinguir con cuidado en el comunismo, impugnando así la argumentación acostumbrada del anticomunismo sin matices, entre el sistema económico y la metafísica. Esta última por su negación filosófica de la trascendencia, es inaceptable. Aquel, por no contradecir formalmente al bien co-

mún, no es ni esencialmente antihumano ni anticristiano.

Se comprende que en torno a esta afirmación, si ella no es contradicha por el Magisterio, una larga lucha de ideas va a desarrollarse, por una parte, para la revisión del concepto de propiedad del cual no se ha señalado suficientemente hasta aquí su carácter analógico y su explotación abusiva, y por otra, para la valorización doctrinal del concepto de planificación en cuanto proceso de iluminación de las realidades económicas por la inteligencia.

Esto podría ser el comienzo de una liberación del pensamiento cristiano con relación a las estructuras, ideologías y fórmulas del pasado.

Desde este punto de vista, es interesante relacionar con el texto analizado, el discurso del Santo Padre a los técnicos de la construcción, de la ingeniería civil y de los trabajos públicos, pronunciado el 25 de Marzo último: "La economía moderna, tan alabada, tan orgullosa de producir cada vez más, mejor y a menor costo, no ha llegado a satisfacer la necesidad humana y familiar del alojamiento. Necesidad real y no ficticia (...) como si los hombres pudieran contentarse con la cabaña de los

primitivos o de los nómadas, o con el pequeño recinto elegante y confortable donde no existe lugar para el niño. Así pues, si la industria de la construcción contribuye a orientar a la economía moderna hacia la satisfacción de las necesidades primordiales del hombre, en lugar de dejarse determinar por el movimiento accidental de los precios (...), ella habrá alejado, a la economía de los errores de una competencia desorientada y la habrá acercado al camino de la colaboración en un orden verdaderamente social".

Y algo más adelante, el Santo Padre volvía a esta idea de una economía y de una técnica, que se regularían sobre la base "de las necesidades primordiales".

Tal toma de posición en favor de una economía ordenada de las necesidades, en la cual el sector primario de los bienes esenciales volvería a ocupar su lugar normal, contiene una desaprobación implícita de la economía desordenada del provecho. Así, el pensamiento pontificio y el artículo del Osservatore Romano parecen estar en pleno acuerdo, y las consecuencias de esto pueden ser considerables para la orientación de los cristianos.

INDICE

	Páginas
PERSECUCION RELIGIOSA EN EUROPA	131
LA ANTARTICA Y EL PUEBLO MAGALLANICO, <i>por Gabriela Mistral</i>	133
LA IGLESIA CATOLICA Y EL CAPITALISMO, <i>por</i> <i>el Conde Della Torre</i>	138
LAS DOCTRINAS PONTIFICIAS Y LA PRENSA DE DERECHA, <i>por Máximo Pacheco Gómez</i>	144
PANORAMA NACIONAL	151
PANORAMA INTERNACIONAL	164
<i>DOCUMENTOS:</i>	
LA MISION DEL SOCIAL-CRISTIANISMO EN CHI- LE, <i>discurso del Senador don Eduardo Frei Montalva</i>	173
DECLARACION QUE EL EXCMO. SR. OBISPO DE TALCA HACE A LOS FIELES DE SU DIOCE- SIS RESPECTO AL DECRETO DEL SANTO OFICIO SOBRE EL COMUNISMO	179
<i>LOS LIBROS:</i>	
CARLOS DAVILA: <i>We of the Americas, por Lenka</i> <i>Franulic</i>	184
<i>NOTAS:</i>	
A PROPOSITO DE UN ARTICULO DE "L'OSSER- VATORE ROMANO"	189

Este número de "POLITICA Y ESPIRITU", Cuadernos mensuales de Cultura Política y Economía Social, se terminó de imprimir, bajo el sello de la EDITORIAL DEL PACIFICO S. A., el día 24 de Agosto de 1949, en las prensas de "GUTENBERG, IMPRESORES S. A.", (San Diego 178, Santiago de Chile).



EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.

IMPRESO EN CHILE

JUNIO-JULIO 1949

Printed in Chile

Gutenberg Impresores